

Este testimonio del teniente Pedro Sarría recoge su vida desde el momento del ataque al cuartel Moncada, la detención de Fidel hasta el primero de enero de 1959 en que vuelven a encontrarse en Santiago de Cuba.

Sarría, ciego, le narra al periodista, sin adornos ni sobrevaloración, los detalles más significativos de esa etapa de su existencia, puesta a prueba por el hecho histórico que inició la gesta insurreccional.

Este libro conmovedor apasionará al lector desde sus primeras páginas.

Lázaro Barredo Medina, (1948). Ejerce el periodismo desde hace 17 años. Ha publicado numerosos reportajes y artículos sobre acontecimientos de la vida nacional. Es graduado de la Facultad de Periodismo de la Universidad de La Habana.

mi prisionero FIDEL

**recuerdos
del teniente
PEDRO SARRIA**

F
1788.22
.C3
B3
1986

 EDITORIAL
PABLO
de la TORRIENTE

MI PRISIONERO FIDEL

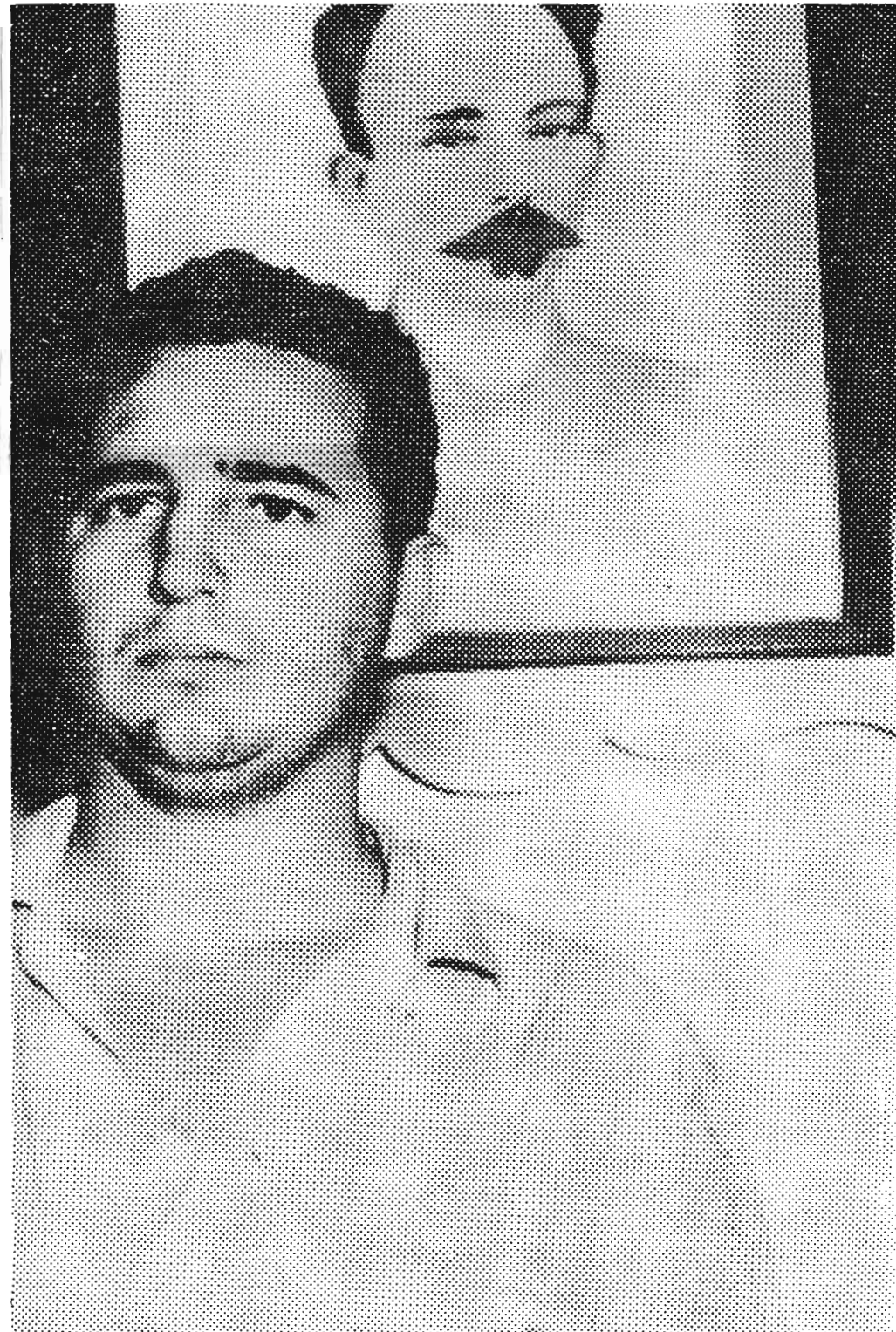
RECUERDOS DEL TENIENTE PEDRO SARRIA

LAZARO BARREDO MEDINA

UNIVERSIDAD
VENEZUELA



**Aquel teniente
nos salvo la vida ..**



F
1788 ??

C3

B3

1916

En el libro *Fidel y la Religión, conversaciones con Frei Betto*, el Comandante en Jefe Fidel Castro, en las páginas 182 a la 188 de la edición cubana, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, 1985, narra los acontecimientos ocurridos después del asalto al cuartel Moncada en julio de 1953 y su marcha al frente de un grupo hacia las montañas hasta caer prisioneros del ejército, así como la casualidad increíble de que al frente de aquella tropa estuviera un honrado oficial que con su gesto viril impidió que lo asesinaran a él y a otros varios compañeros.

© Lázaro Barredo Medina 1986.
© Sobre la presente edición:
Editorial Pablo de la Torriente, 1986.
Unión de Periodistas de Cuba,
23 e I, El Vedado, Ciudad de La Habana

ESTE ES EL TEXTO

Fidel Castro. Sistemáticamente asesinaban a los prisioneros. A algunos los llevaban, les hacían algún interrogatorio, los torturaban atrocemente y después los mataban.

En esas circunstancias, habiéndose producido una gran reacción de la opinión pública, como te decía, el Arzobispo de Santiago de Cuba, como autoridad eclesiástica, se interesa y empieza a actuar junto con otras personalidades de esa ciudad, de las cuales la más destacada era él, para salvar la vida de los sobrevivientes. Y, efectivamente, algunos sobrevivientes fueron salvados por las gestiones que hicieron el Arzobispo y ese grupo de personalidades, ayudados por el hecho de una atmósfera de enorme indignación en la población de Santiago de Cuba. Ante la nueva situación se decide que un grupo de compañeros de los que estaban conmigo, que estaban en las peores condiciones físicas, se presenten a las autoridades a través del Arzobispo. Era un grupo de seis o siete compañeros, habría que precisar.

Yo me quedo con dos jefes más. Es el pequeño grupo con el que nos proponemos atravesar la bahía para llegar a la Sierra Maestra y organizar de nuevo la lucha. El resto estaba sumamente agotado y había que buscar la forma de preservarles la vida.

Nosotros discutimos con un civil, que fue el que tramitó un encuentro entre ese grupo y el Arzobispo; nos aproximamos a una casa y hablamos con los de esa casa. Entonces nos separamos del grupo de los seis o siete compañeros, a los cuales iba a recoger el Arzobispo al amanecer, y nosotros nos retiramos como a dos kilómetros más o menos del lugar, los dos compañeros y yo, pensamos cruzar de noche la carretera hacia la bahía de Santiago de Cuba.

Es indiscutible que el ejército se da cuenta, tal vez interceptando las comunicaciones. Al parecer intercepta una comunicación telefónica de aquella familia con el Arzobispo, y muy temprano, antes del amanecer, envía patrullas por toda aquella zona, en las proximidades de la carretera.

Nosotros, que estamos a dos kilómetros, cometimos un error que no habíamos cometido en todos esos días que llevábamos ahí. Como estábamos también un poco cansados, pues teníamos que dormir en las laderas de las montañas en las peores condiciones, no teníamos frazadas, no teníamos nada y nos encontramos allí aquella noche un pequeño bohío, pequeñito, tendría cuatro metros de largo por tres de ancho, lo que aquí llamaban una vara en tierra, más bien algo donde se guardan cosas, para protegernos un poco de la neblina, de la humedad y del frío, decidimos quedarnos hasta el amanecer, y antes de que despertáramos, llegó una patrulla de soldados, penetra en el bohío y nos despierta con los fusiles sobre el pecho; lógicamente, lo más desagradable que se pueda concebir, que el enemigo te despierte con los fusiles así, resultado de un error que no debimos haber cometido nunca.

Frei Betto. ¿No había ninguno de vigilancia allí?

Fidel Castro. No, nadie de vigilancia, los tres durmiendo, ¿comprendes? Un poco confiados, ya llevábamos una semana y los individuos no daban con nosotros, no podían; por mucho que rastreaban y buscaban, nosotros los habíamos burlado. Subestimamos al enemigo, cometimos un error y caímos en sus manos.

No quiero pensar de ninguna manera que las personas con las que hicimos contacto nos hubieran delatado. No lo creo, sino lo que al parecer ocurre, indiscutiblemente, es que cometieron algunas indiscreciones como fue hablar por teléfono, lo que alertó al ejército y envió patrullas allí, gracias a lo cual nos capturan a nosotros.

De manera que caemos prisioneros del ejército. Estaban también aquellos individuos sedientos de sangre; sin duda nos habrían asesinado en el acto.

Ocurre entonces una casualidad increíble. Había un teniente negro, llamado Sarria. Se ve un hombre que tiene cierta energía, y que no es un asesino. Los soldados querían matarnos, estaban excitados, buscando el menor pretexto, tenían los fusiles montados con balas en el di-

recto. Nos amarraron. Inicialmente nos preguntan la identificación; no nos identificamos, dimos otro nombre; indiscutiblemente los soldados no me conocen en el acto, no me conocieron.

Frei Betto. ¿Usted era muy conocido ya en Cuba?

Fidel Castro. Relativamente conocido, pero esos soldados, por alguna razón, no me conocen. No obstante, nos quieren matar de todas formas; si nos hubiésemos identificado los disparos habrían sido simultáneos con la identificación. Entablamos una polémica con ellos, porque nos dicen asesinos, dicen que habíamos ido allí a matar soldados, que ellos eran los continuadores del Ejército Libertador, y entramos nosotros en polémica; yo pierdo un poco la paciencia y entro en polémica con ellos, les digo que ellos son los continuadores del ejército español, que los verdaderos continuadores del Ejército Libertador éramos nosotros, y entonces ellos se ponen más furiosos todavía.

Nosotros nos dábamos realmente ya por muertos, desde luego, yo no consideraba la más remota posibilidad de sobrevivir. Entablo la polémica con ellos. Entonces, el teniente interviene y dice: "No disparen, no disparen", presiona a los soldados, y mientras decía esto, en voz más baja repetía: "No disparen, las ideas no se matan, las ideas no se matan". Fíjate que cosas dice aquel hombre. Como tres veces dice: "Las ideas no se matan".

Hay uno de los dos compañeros que da la casualidad que era masón —se trata de Oscar Alcalde, está vivo, es Presidente del Banco de Ahorro, porque él era financista, el que manejaba los fondos del Movimiento— y se le ocurre por su cuenta decirle al teniente que era masón. Eso aumenta la posibilidad o le da mayor aliento al teniente, porque parecía que había muchos militares de estos que también eran masones; pero de todas maneras, muy amarrados, nos levantan y nos van llevando. Cuando hemos caminado unos pasos, yo, que he visto la actitud de aquel hombre, del teniente, lo llamo y le digo: "He visto el com-

portamiento suyo y no lo quiero engañar, yo soy Fidel Castro". Me dice él: "No se lo diga a nadie, no lo diga a nadie".

Avanzamos unos metros más, se producen unos disparos a 700 u 800 metros de allí, y se despliegan los soldados, estaban muy nerviosos, se tienden sobre el campo.

Frei Betto. ¿Cuántos soldados eran más o menos?

Fidel Castro. La patrulla tendría como doce soldados.

Frei Betto. ¿El teniente tenía más o menos qué edad?

Fidel Castro. Tendría 40 años, 42 años más o menos.

Cuando yo veo que ellos se despliegan, creo que todo es un pretexto de los soldados para dispararnos y me quedo de pie; todo el mundo se desplegó y yo me quedo parado. Se acerca otra vez el teniente a mí y le digo: "No me acuesto, si quieren disparar tienen que matarnos aquí de pie". Entonces dice el teniente: "Ustedes son muy valientes, muchachos, ustedes son muy valientes". Fíjate que cosa, observa tú; yo pienso que eso debe haber sido una posibilidad en mil. Pero no por eso estábamos salvados, no; no por eso teníamos garantía alguna de sobrevivir. Todavía nos salvó una vez más el teniente.

Frei Betto. ¿Una vez más?

Fidel Castro. Sí, una vez más nos salvó, porque antes de que llegara el Arzobispo, al otro grupo que estaba cerca de la carretera lo localizan y lo hacen prisionero. Eso era lo que había originado el tiroteo anterior a que hice referencia. Entonces ellos nos juntan allí; el teniente busca un camión y sube a los demás prisioneros arriba, y a mí me pone en el medio, entre el chofer y él, en la cabina.

Más adelante aparece un comandante, que se llamaba Pérez Chaumont, era uno de los más asesinos y de los que más gentes había matado. Se topa con el carro, lo para y le da orden al teniente de llevarnos para el cuartel. El teniente discute con él y no nos lleva para el cuartel, sino que nos lleva al Vivac de Santiago de Cuba, a disposición de la justicia civil; desobedece la orden del comandante. Claro que si llegamos al cuartel, habrían hecho picadillo de todos nosotros.

Entonces, ya la población de la ciudad de Santiago de Cuba se entera de que hemos sido hechos prisioneros y de que estamos allí. Ya lo sabe toda la ciudad y lo que se produce es una gran presión para salvarnos la vida. Desde luego, va allí el jefe del regimiento para hacer un interrogatorio. Pero es muy importante ese momento, porque los propios soldados, los propios militares estaban impresionados de la acción, digamos que en ocasiones expresaban un cierto respeto, una cierta admiración, a lo que se sumaba la satisfacción de que el invencible ejército había rechazado el ataque y había capturado a los asaltantes. A esto se añadía otro elemento psicológico: la conciencia les estaba remordiéndole ya, porque en esos momentos han matado de 70 a 80 prisioneros y la población lo sabía.

Frei Betto. ¿Compañeros suyos?

Fidel Castro. Sí, de los anteriores, de los otros que fueron capturando en distintos momentos, han asesinado de 70 a 80; unos pocos han podido escapar y unos pocos han quedado prisioneros, entre ellos, el grupo de los que estaban conmigo y algunos que fueron capturando por distintos lugares, que solo por azar no mataron y por la protesta de la opinión pública, y, desde luego, por la acción ya de las personalidades y del Arzobispo, que ha estado interviniendo y haciéndose eco de aquella opinión pública. Han logrado salvar a algunos, algunos se han presentado, o los han presentado, a través del Arzobispo. Pero, realmente, para el grupito nuestro, cuando nos capturan a nosotros, el elemento determinante fue aquel teniente del ejército.

Frei Betto. ¿Y qué pasó con ese teniente después de la victoria de la Revolución?

Fidel Castro. Bueno, a ese teniente después, años antes del triunfo, le echaban en cara la responsabilidad de que no nos hubieran matado. La culpa de que no nos hubieran asesinado se la echaban a él.

Ellos hicieron algunos intentos ulteriores de matarme que fracasaron. Más tarde viene la prisión, y cuando salimos de prisión, el exilio, la expedición del "Granma", la

lucha en las montañas. Se organiza nuestro ejército guerrillero. Otra vez, al principio, nuevos reveses, también creyeron que habían liquidado al ejército guerrillero; pero renace de las cenizas nuestro ejército, se convierte en una fuerza real y lucha ya con perspectivas de victoria.

En aquel período al teniente lo licenciaron del ejército y, cuando triunfa la Revolución, nosotros lo ingresamos en el nuevo ejército, lo ascendemos a capitán y fue jefe de la escolta del Primer Presidente que designó la Revolución. Así que estuvo en el Palacio y era jefe de la escolta presidencial. Desgraciadamente —y por eso pienso que él podía tener un poco más de 40 años—, como a los ocho o nueve años del triunfo de la Revolución este hombre enferma de cáncer y muere después, el 29 de septiembre de 1972, siendo oficial del Ejército. Todos le guardaban mucho respeto y consideración. No se le pudo salvar la vida. Pedro Sarría se llamaba.

Este hombre parece que había estado por la universidad; era un autodidacta, quería estudiar por su propia cuenta, y seguramente que había tenido algún contacto o me había visto alguna vez en la universidad. Tenía, indiscutiblemente, una predisposición por la justicia; vaya, era un hombre honorable. Pero lo curioso, lo que refleja su pensamiento es que en los momentos más críticos él está repitiendo, así en voz más baja, yo lo oigo cuando les está dando instrucciones a los soldados que no disparen, que las ideas no se matan. ¿De dónde sacó aquella frase?, tal vez algunos de los periodistas que lo entrevistaron después sepan, nunca tuve la curiosidad de preguntárselo. Pensaba que viviría mucho tiempo. En aquellos primeros años de la Revolución, siempre se piensa que hay mucho tiempo por delante para hacer cosas y aclarar cosas. Pero, ¿de dónde sacó aquella frase?: “¡No disparen, que las ideas no se matan!” Esa es la frase que aquel oficial honorable repitió varias veces.

Además, el otro gesto. Le digo quien soy y dice: “No se lo diga a nadie, no lo diga a nadie”. Y después la otra

frase, cuando se tiran todos, que suenan unos disparos por allá y dice: “Ustedes son muy valientes, muchachos, ustedes son muy valientes”, como dos veces la repitió. Ese hombre, uno entre mil, incuestionablemente simpatizaba de alguna manera o tenía cierta afinidad moral con nuestra causa, y fue realmente el hombre que determinó la supervivencia de nosotros en aquel momento.

CATORCE AÑOS DESPUÉS DE SU MUERTE

La idea de preparar un amplio reportaje sobre los hechos relacionados con la captura del jefe del asalto al cuartel Moncada en 1953, nos llevó a principios de 1972 a una modesta casa en el reparto Mañana, en Ciudad de La Habana, para entrevistar a un hombre negro, fornido, ya entrado en años, pero con su porte militar todavía erguido y muy atento, quien ya en esos momentos había perdido totalmente la visión.

Se trataba del capitán Pedro Sarría Tartabull, el oficial que casi veinte años atrás impidió con su honradez, su sentido del honor, su valentía moral y sus elevadas condiciones humanas, que Fidel Castro fuera asesinado vilmente por los sicarios de Batista.

La locuacidad de ese hombre trastrocó todas mis ideas. El aparente reportaje se convirtió en una larguísima entrevista de casi veinte horas en tres sesiones.

De aquel material preparé un trabajo que fue publicado de inmediato en Juventud Rebelde con motivo del XIX aniversario del asalto al Moncada y aleccionado por los colegas Guillermo Cabrera Álvarez y Mariano Rodríguez Herrera empecé a procesar aquella numerosa cantidad de cuartillas que arrojó la conversación, con el propósito de preparar un libro que por medio de este valioso protagonista narrara a las generaciones venideras lo que repre-

senta la honradez en el hombre como cualidad vital.

Cuando ya tenía un borrador preparado y pensaba enriquecerlo con otros testimonios e indagaciones, recibo un recado en la noche del 29 de septiembre de 1972 de que fuera a la dirección del periódico Granma a ver al compañero Jorge Enrique Mendoza y que llevara conmigo las notas que sobre Pedro Sarría conservaba.

Cuando llegué a la oficina de Mendoza, tuve el privilegio de encontrarme con la querida e inolvidable Celia Sánchez Manduley y de ella recibí la noticia sobre el fallecimiento de Sarría y la solicitud de preparar una nota biográfica sobre el extinto oficial.

Aquel intento testimonial de libro quedó engavetado entonces entre numerosos papeles, siempre con la intención de dejar para más adelante su continuidad y así pasaron casi 14 años.

Fue la lectura del libro *Fidel y la Religión, conversaciones con Frei Betto*, al inicio de la segunda parte, donde nuestro Comandante en Jefe dedica un espacio a reflexiones sobre la actitud viril de Sarría, lo que me motivó a desempolvar aquellas cuartillas y retomar la idea de hacer público el testimonio de aquel oficial.

No sé si con el paso de los años, Sarría pudo en su recuerdo confundir en algo la realidad de los hechos, cosa posible aunque no creo que haya sido este el caso, porque a lo largo de estos años he leído numerosos testimonios, discursos, reportajes y relatos sobre los hechos que protagonizó este hombre, y es mucha la coincidencia general, criterios que avala el propio Fidel al recordar pasajes de la captura y la actitud ejemplar que asumió el entonces teniente Pedro Sarría.

Es este, pues, un homenaje a este hombre que se sintió renacido con la Revolución y la hizo objetivo de su vida, dedicándole las últimas energías de su cuerpo y su corazón, este hombre que es enaltecido ejemplo del digno militar profesional que supo ponerse definitivamente al lado de su pueblo.

Anote bien, todo lo que voy a decirle; creo que ésta será, si no la última, una de las últimas entrevistas que tenga con la prensa, y quiero recordarlo todo, decirlo todo. Mi mente, a pesar de los años, se mantiene muy clara, muy precisa.

Frente a nosotros, el capitán *Pedro Manuel Sarría*.

PRIMERA PARTE

La Fortaleza



Poco antes de morir, se produjo la entrevista con este honorable oficial.

1

LA VISPERA

En justo tributo a su memoria puedo decirles que no eran expertos militares, pero tenían patriotismo suficiente para darles, en igualdad de condiciones, una soberana paliza a todos los generales del 10 de marzo juntos, que no son ni militares ni patriotas.(1)

Fidel, en La Historia me Absolverá.

(1) (Todas las citas corresponden al alegato de defensa La Historia me Absolverá, pronunciado por Fidel Castro durante el juicio de la causa 37 de 1953, por los sucesos del Moncada.)

Yo era segundo teniente del ejército, jefe del puesto de la Guardia Rural del Moncada, o sea, el escuadrón 11. Simultáneamente ocupaba la jefatura del puesto de Santiago de Cuba, segundo jefe del escuadrón, jefe de la Primera Tenencia que abarcaba los puestos de Cuabitas, Boniato y parte de El Caney, e inspector de dicho escuadrón. Esas eran mis funciones.

El sábado 25 de julio, día de Santiago, al terminar el paseo de Carnaval (que ese año se situó entre el cuartel, el teatro Mariana Grajales y la casa del coronel Río Chaviano, jefe del regimiento), como responsable del orden público me trasladé al paseo de Trocha por si ocurría alguna novedad o alteración, porque a pesar de la policía,

me correspondía, como jefe del puesto de la Guardia Rural, velar por el orden.

Antes de salir para Trocha le dije al sargento Silverio, del escuadrón, que nos veríamos en aquel lugar para que me acompañara en la inspección de las patrullas, cosa que no hizo porque estaba muy estropeado y se acostó en su casa, que quedaba frente por frente a la posta tres del cuartel.

Me quedé con el chofer y otro compañero en el yipi y, viendo que todo estaba tranquilo, me senté en uno de los quioscos de más afluencia de público, denominado *El Príncipe*.

Serían las cuatro y media o las cinco de la mañana, cuando llega un soldado de los míos —no me acuerdo de su nombre—, y me dice: *¡Teniente, hay fuego en el cuartel Moncada!* Me levanto rápido y le digo: *¿Cómo?*; me responde: *¡Sí, están tirando!* Y le ordeno al chofer: *¡Vamos enseguida!*

En vez de subir Trocha hacia San Agustín, bajó hacia Cristina, en dirección al paradero del ferrocarril; continuo hasta Martí, y aunque no sabía por donde era el tiroteo, me dirigía hacia la posición del escuadrón 11, que estaba para el lado del teatro, última nave o departamento del edificio, que colindaba con el teatro Mariana Grajales y la casa del coronel Río Chaviano, donde yo tenía de antemano previstas mis responsabilidades como segundo jefe militar.

En el orden combativo del regimiento, el escuadrón 11 —caso de algún ataque—, tenía que cubrir la parte norte del cuartel, que topa con la cerca de Carretera Central hasta Martí y que dobla hacia la antigua Coca Cola, frente a la casa del coronel.

En vez de entrar por Martí, doblo calle Segunda y entro al cuartel por el patio de la casa del coronel, donde ya el fuego era atronador.

Yo no sabía de dónde venían las balas ni cosa que se parecía, sino me apresuraba simplemente a ocupar mi

puesto en el escuadrón, reunir mis soldados y situarlos en la cerca norte que, precisamente, tenía encomendada bajo mi responsabilidad.

Me pongo a llamar a mi sargento: *¡Silverio! ¡Silverio!*, y entonces me digo: *¡Caramba, anoche no fue allá!* En eso salen de la barraca unos músicos que pertenecían a la banda municipal de La Habana, que habían ido a los carnavales y me dicen: *¡No hay nadie!*; les pregunto: *¿Y el capitán?* Y responden: *Tampoco, lo que sí hay es un muerto en una cama. Se paró por la ventana del sur, vino una bala y le partió la frente.*

Les digo: *¿Qué soldado es?* Contestan: *De los que vinieron de Bayamo a prestar servicio, a reforzar su personal. Fui hasta la cama y efectivamente, estaba muerto. Entonces reuní a mi gente y les grito: ¡A la parte norte, a proteger allí con nuestros fusiles, cananas y todos los equipos!*

Ya el fuego se localizaba hacia el Hospital Civil, la parte oeste frente a la Carretera Central en dirección al cuartel; una de esas balas fue la que mató al soldado asomado a la ventana sur de la barraca. Yo no sabía dónde se combatía, por el ruido me imaginaba que era para la zona de la posta tres. Después lo confirmé y efectivamente, era allí donde el fuego estaba muy nutrido, ya que Raúl, desde la Audiencia, situado al suroeste, disparaba con su grupo en esa dirección.

Todo el tiroteo estaba concentrado en esa posta aunque, como ya dije, lo supe después, pues no podía abandonar mi puesto. Alrededor de las ocho de la mañana llega mi superior, el capitán Tandón, y me pregunta: *Sarria, ¿qué es lo que ha hecho?* le respondo: *Cumplir con las órdenes;* indaga por el sargento Silverio y le manifiesto que no sé, pues aún no se había incorporado.

El capitán se dirigió a su oficina y sobre las nueve de la mañana me informan que el sargento ha muerto en la posta tres, pues al salir de su casa cuando oyó los dispa-

ros, y dirigirse al cuartel, fue mortalmente herido en la calle Trinidad.

Otro cabo del escuadrón que también venía a incorporarse en medio del combate pereció en la zona sur de la avenida Garzón. Más tarde supe que por el Hospital Civil había muerto el teniente Pedro Seráu Mejías y que la radio anunció mi muerte y era la de este oficial, que venía para el cuartel; al pasar por allí los muchachos le dieron el alto, él quiso sacar la pistola y hubo que dispararle; cuando fueron a prestarle auxilio médico ya estaba muerto.

Durante toda la mañana recibí la reiterada orden de no mover el personal de allí. El tiroteo fue disminuyendo y sobre las diez de la mañana se escucharon tiros aislados.

Sobre las once, unos soldados de infantería (no los míos), entraban y salían, y conocí que había prisioneras dos mujeres, detenidas en los calabozos. Yo no me movía de mi puesto.

Seguí allí, cumpliendo la orden, además, mi capitán continuaba en su oficina. Eran las cuatro y media o cinco de la tarde cuando el capitán me dice: *Por ahora puede retirar a comer al personal que no ha almorzado todavía.* Cuando salí con mi gente vi el crimen.

2

“El primer prisionero asesinado fue nuestro médico el doctor Mario Muñoz, que no llevaba armas ni uniforme y vestía su bata de galeno, un hombre generoso y competente que hubiera atendido con la misma devoción tanto al adversario como al amigo herido. En el camino del Hospital Civil al cuartel le dieron un tiro por la espalda y allí lo dejaron tendido boca abajo en un charco de sangre. Pero la matanza en masa de prisioneros no comenzó hasta pasadas las tres de la tarde. Hasta esa hora esperaron órdenes. Llegó entonces de La Habana el general Martín Díaz Tamayo, quien trajo instrucciones concretas salidas de una reunión donde se encontraban Batista, el jefe del ejército, el jefe del SIM, el propio Díaz Tamayo y otros. Dijo que era una vergüenza y un deshonor para el ejército haber tenido en el combate tres veces más bajas que los atacantes y que había que matar diez prisioneros por cada soldado muerto . ¡Esta fue la orden!

Al pasar por la esquina del mataderito veo allí unos seis u ocho cadáveres de civiles y pregunto en alta voz: *Pero, ¿qué es esto? ¿Esto fue en el fuego de aquí adentro? ¿Penetraron aquí dentro? y nadie daba informes.*

Bueno, nosotros estábamos con usted, decían mis soldados, y la otra gente se encogía de hombros y no decía si esos civiles fueron muertos en el combate o después.

Seguimos, y frente al cine o al club había dos o tres más, también tirados. Continúo para dar la vuelta por el Cuerpo Jurídico, por la parte sur, y estaban cuatro más, tendidos en el suelo. Damos la vuelta por la barbería y veo los espejos destrozados por los disparos.

Ya estaba cerca de la Posta Tres e iba preparado para realizar las diligencias, pues me correspondía, como jefe de la Guardia Rural, levantar las instancias de lo ocurrido.

Me llaman del hospital avisándome que allá habían llegado unos tres cadáveres más. Cuando llego, uno de ellos se me parece a Renato Guitart, y digo en voz alta: *Ese muchacho yo lo conozco, ese muchacho me es conocido*; y me dice un sanitario: *Si hombre, es el hijo de René Guitart*; le pregunto a este hombre: *¿Y éste otro no es el "Niño" Cala?* Efectivamente era él, lo habían capturado por el cementerio y estaba tan grave que murió allí.

Me dirijo al cuartel, hacia la barraca del escuadrón donde estaba la jefatura. Allí le digo al capitán: *¿Usted ha visto?*, y él me responde que no, que no ha salido de la oficina. Vuelvo a mirarlo fijamente, le digo que hay unos cuantos muertos y me dice ya está informado. Pregunto nuevamente si sabe cómo fue eso y se explica: *Yo no sé, llegué como tú: tú llegaste primero y yo después; me quedé en la oficina dando las órdenes para ti y para todo el personal*.

Ya en el entierro de los veinte muertos que tuvimos, llega el Inspector General del Ejército, posteriormente jefe del regimiento, el general de brigada Martín Díaz Tamayo, que hizo una alocución y entre otras cosas manifestó: *Vengo en esta dolorosa misión para decir que, por cada soldado muerto, tiene que haber por lo menos diez de los "revoltosos"*.

Antes de continuar yo quiero hacer un paréntesis para que se conozca lo que se hizo con los muchachos. Para los muertos se trajo una rastra y cajas rústicas, de madera, pintadas de negro algunas, y otras no, y se cargó la rastra, creo que fue el 27 o el 28, un camión hasta el

tope con unos 45 ó 50 cadáveres, una cosa así. Cruzaron por la calle Enramada con el hedor de la descomposición porque eran muertos de 24 y 48 horas, y los entierros de los militares fueron en arzones y carros fúnebres; pero ninguno corrompido, y esto lo digo de manera fiel, para que se conozca.

Sigamos con la situación en el cuartel. Yo no había salido en toda la semana a ninguna operación. Como segundo jefe no me habían encomendado ninguna misión, porque yo era responsable de las actuaciones si había que hacerlas, que en este caso las hizo en masa al servicio jurídico, encargado directamente por el coronel Río Chaviano.

Desde luego que el jefe del regimiento, por la magnitud de los hechos, nombró un juez especial y el servicio jurídico explicaba cómo aparecieron esas cantidades de muertos. Y hacía constar que cayeron combatiendo. A mí me permitieron levantar algunas instancias con los prisioneros.

No había salido, pero estaba designando las patrullas de reconocimiento, por parte de mi escuadrón, para recorrer el territorio a mi cargo: todo El Caney en dirección a Sevilla. Ya estaba enterado de lo sucedido en la granjita, donde el jefe de operaciones, comandante Andrés Pérez Chaumont, había capturado algunos (no sé si el miércoles o el jueves). Después del asalto al Moncada los muchachos se retiraron y volvieron a Siboney y los capturaron. Unos fueron asesinados en la carreterita llamada Anacuanita, que es una curva junto a un árbol, a tres o cuatro kilómetros de la costa.

Unos siete u ocho aparecieron muertos allí, y era el comandante Chaumont quien dirigía esas operaciones. En la granjita aparecieron como doce o catorce, detenidos en los alrededores. Los asesinaron.

El viernes designo la patrulla que saldría al amanecer del primero de agosto para recorrer una zona de Sevilla, la finca llamada El Cilindro. Al parecer llegaron informes al mando de que se escondían por ese lugar algunos atacantes.

Entre los días 29 y 30 habían sido capturados algunos sin hacerles nada. En cuanto al jefe del grupo, se le hacía muerto, pues por el día 26 se publicó en el periódico *Ataja* de Salas Amaro, que Fidel había muerto por las lomas de El Caney, no recuerdo si por El Aceite o por El Paso de las Yaguas, ya casi en las estribaciones de la Sierra Maestra.

Con estas noticias yo designo la patrulla: 15 hombres. El jefe, lo era un segundo teniente nombrado Luis Gamboa Alarcón; lo nombré jefe de la patrulla y le ordené salir a la madrugada del día primero de agosto.

Pero, ¿qué sucede? Con el ajetreo de esos días yo estaba ronco y tenía un poco de fiebre. Daba órdenes: *Ustedes van por aquí, ustedes van por allá*, y en esas condiciones estaba también el teniente Gamboa, que había salido unas cuantas veces sin resultado. También había ordenado al que después resultó un criminal de guerra, Enrique Despaigne Moret, que saliera hacia El Caney, había salido precisamente con el comandante Chaumont y me estuvo contando que cuando él llegó ya había unos cuantos y que sólo pudo encontrar una pistola y me la muestra: *Mire, Sarria, encontré una pistola*. Desde ese momento se me hizo algo sospechoso.

Cuando llega la hora de la salida de aquella patrulla (todos estábamos acuartelados, nadie había ido a su casa desde la noche del 25 o desde la madrugada del 26, todos nuestros muertos estaban enterrados y los muchachos estaban también en el cementerio) llega el capitán y me despierta: *Sarria, Sarria, levántate, tienes que salir con la patrulla que le designaste a Gamboa. Medio dormido le pregunto: ¿Y eso? ¿Qué le pasa a Gamboa?*, y me responde: *Tiene fiebre, Sarria*, y le digo: *Bien, allá voy, yo también tengo un poco de fiebre y estoy ronco, pero eso no importa*. El me manifiesta: *No te ocupes Sarria, yo me quedo en tu lugar, vete con la patrulla*, y me levanto: *Bien, ya estoy listo, ¿puedo llevarme a mi ordenanza?* Dice: *Sí, hombre, ¿cómo no? Llévelo*.

Mi ordenanza lo era Julio César Corbea Monteagudo, y en esos momentos entraba a la oficina. Le doy mi ametralladora y le ordeno que me siga. Mientras caminamos, me pregunta: *¿Adónde vamos?* Y le digo: *A dar una vuelta por El Caney, tengo que rastrear una finca a ver si quedan algunos alzados*; me dice: *Si ya no hay nada, teniente*; le respondí: *En fin, son misiones finales que hay que cumplir*.

En un camión montamos los 15 hombres, mi ordenanza 16 y yo 17; pasamos por el pueblecito de El Caney, y en el kilómetro 22 nos detuvimos y les digo a mis hombres: *Aquí es El Cilindro, muchachos, vamos a entrar el camión y a tocarle al dueño*.

Toco a la puerta y le grito: *¡Sotelo, Sotelo, es el teniente Sarria, abra!* Y me responde algo agitado: *¡Ah, voy, teniente, un momento!* Se levanta y me pregunta qué hacía por allá; le explico que ando en misión de rutina y se tranquiliza.

¿Cómo anda eso por la granjita? le pregunto, y me dice que todo está tranquilo, que ya pasó todo. *¿Y por aquí no hay ningún alzado?* Me intereso con él, y me responde que ninguno. Le digo: *Bueno, tengo la orden de registrarte la finca y parte de la de Manuel Leisán*. El nos invita a tomar café. Nosotros no habíamos tomado todavía, él llama a su señora y preparan café. Eran como las cuatro de la mañana; nos ponemos a conversar y le digo: *Mira, Sotelo, para registrar tu finca y la de al lado necesito que me des un peón que sea práctico, para que me acompañe en esta misión*. El me dice que sí, que tiene un muchacho que anda todos los días para arriba y para abajo en la finca. Le pregunto la edad del chiquillo y su nombre, me responde que tiene 20 años y lo nombran *Camagüey*. Lo manda a llamar.

El muchacho viene y Sotelo le explica que debe acompañarnos, acepta y me pregunta cuándo debe salir. *Al amanecer —le digo—, ya el sol saliendo*. Salgo de la casa y me reúno con mis hombres para explicarles el orden combativo.

Vamos a salir hacia el este, hacia la Gran Piedra: cubriremos un frente entre 20 hombres y con cuidado. Revisen todos los promontorios de piedra, tú, Corbea, por el lado izquierdo, y el cabo Suárez por el lado derecho.

3

EL PRISIONERO

Amanece y ya tenemos tres o cuatro kilómetros de camino; hay claridad y ordeno pasar. Saco mis prismáticos, a lo lejos veo una casita y le pregunto a *Camagüey*: *¿Qué cosa es aquello?* Me dice: *Teniente, eso es para cuando se extravían los animales o estamos montando cercas y llueve mucho, guarecernos ahí.* Le pregunto si allí hay alguien viviendo y me responde que no. Me da un presentimiento y le grito a la tropa: ¡Hacia la casita, adelante!

El cabo Suárez se acerca sigilosamente a la casita y me grita: ¡*Teniente, hay hombres armados!* Me apresuro, porque veía gesto de ambas partes, como si estuvieran discutiendo y desde la distancia empiezo a decir que no tiraran, que las ideas no se matan.

En la casita hay tres muchachos muy fatigados y ocho fusiles. Mando a tomarles las generales y el primero responde:

Nombre: Francisco González Calderín

Edad: 26 años

Profesión: Estudiante

Vecino: Marianao, La Habana

Los otros dos se identifican como Oscar Alcalde y José Suárez. Sobre el primero de ellos yo no estaba muy conforme con sus declaraciones. Lo miraba y lo volvía a mirar.

Algunos soldados están muy excitados, uno de ellos hace ademán de disparar y entonces es cuando insisto con mucha energía en que ellos son prisioneros, que no vayan a disparar y que las ideas no se matan. Eso contuvo los ánimos caldeados.



Aspecto del bohío en que se encontraban Fidel y sus compañeros.

Le pregunto al tal Francisco que dónde están los otros y no me responde.

Ordeno iniciar la marcha. Me sitúo cerca de él y de Alcalde, acompañado por dos soldados. Todos vamos en misión de avanzada para buscar al otro grupo de cinco. Cuando caminamos como cuatro kilómetros, ya cerca de la carretera, se escuchan unos disparos y le digo a los tres que se tiendan por si acaso disparan en nuestra dirección; pues aunque el grupo no está armado con fusiles, pueden portar armas cortas.

Les ordeno tenderse nuevamente y Francisco se niega a hacerlo; y me dice que si vamos a disparar que los matemos allí puestos de pie.

Le respondo tajante: *¿Quién habla aquí de matar?* y algo acalorado ordeno: *¡Tenderse! ¡Están bajo mis órdenes ahora!*

Cuando nos tendemos, Francisco me confiesa que no me quiere engañar, y me dice: *¡Yo soy Fidel Castro!* Miré con preocupación a uno y otro lado, a ver si algún soldado lo había escuchado y después de comprobar que no, le pedí insistentemente que no le dijera a nadie más su identidad.

Efectivamente, yo tenía el presentimiento de que fuera él, pero después de tomar los nombres, se me quitó la idea, primero porque desde hacía tres días se le daba por muerto, y porque al ponerle las manos en la cabeza encontré su pelo muy duro y la piel se le veía algo carbonizada por el sol.

A Fidel lo conocí en la Universidad años atrás. Me acuerdo que vivía frente a donde yo paraba en el edificio del cuerpo de ingenieros, pues como militar, cuando iba a La Habana, para economizar los hoteles y eso, paraba en un cuartel que estaba en la calle Tercera esquina a Dos, en el Vedado, que era donde estaba el Cuerpo de Ingenieros, y allí, mientras me examinaba, repasaba y estudiaba, quedaba en ese lugar de quince a veinte días. Fidel vivía frente por frente, en un apartamento.

Quiere decir que eso fue por el año 49 ó 50; yo empezaba la carrera de Derecho y Fidel la terminaba.

En realidad me sentí emocionado por aquel gesto viril de Fidel y recuerdo que no pude otra cosa que admirar la valentía de él y sus compañeros, y le di mi palabra de que garantizaría sus vidas a cualquier precio.

Continuamos la marcha, los soldados no escucharon sus palabras y él me dice: *¿Se lo va a decir a los soldados?* Le respondo: *No tengo que decirselo a nadie, soy el jefe, y conque lo sepa yo, basta. Los hombres están bajo mi mando y estas cosas son diferentes, así es que vamos hacia adelante.* En eso capturan a los otros cinco, encabezados por Juan Almeida y Armando Mestre. De los otros tres ahora no recuerdo sus nombres.

Ordeno a mis hombres dirigirse para la casa de Sotelo y, cuando estamos llegando, mando a los prisioneros sentarse en un tronco de árbol y oriento a algunos de mis soldados que busquen un camión en la casa de Sotelo para llevar a los muchachos a Santiago de Cuba. Sotelo viene hasta el lugar y me dice que sus camiones estaban fuera de la zona, pero que su vecino, Manuel Leisán, sí tenía, Mando a casa de Leisán para que me trajeran un camión con su chofer, y éste me lo envía con su hijo al volante.

Antes de montar a los muchachos les digo a mis soldados: *Para más seguridad vamos a llevarlos amarrados unos con otros. Ustedes van a ir en la cama del camión con estos siete y yo voy con este muchacho —sin decirles el nombre— en la cabina.* Entonces puse a Fidel entre el chofer y yo, y antes de partir le pregunto a mis hombres: *¿Con qué me prometen ustedes, o qué garantía tengo de que en el camino no dejarán quitárselos?* Todos respondieron: *¡Con la vida, teniente!*

Esto es lo que yo necesito, me digo en la mente, porque presumía que, enterados como reguero de pólvora, vendría alguna tropa para interceptarnos el paso y así evitar que los prisioneros entraran a Santiago; recordando otros he-

chos similares, por mi experiencia de viejo militar, sabía que todo eso podía ocurrir.

Al salir me encontré en la puerta de la finca a Monseñor Pérez Serantes que me dice: *¡Párese ahí, teniente!* Le respondo: *No puedo Monseñor, vea al coronel Rio Chaviano en el Moncada; si va delante tome su yipi y apúrese, y si va detrás, vaya lejos de mí.*

4

NO LOS ENTREGO

Cuando sólo quedaban conmigo dos compañeros: José Suárez y Oscar Alcalde, totalmente extenuados los tres, al amanecer del sábado primero de agosto, una fuerza al mando del teniente Sarria nos sorprendió durmiendo. Ya la matanza de prisioneros había cesado por la tremenda reacción que provocó en la ciudadanía, y este oficial, hombre de honor, impidió que algunos matones nos asesinasen en pleno campo con las manos atadas

Cuando veo a Monseñor Pérez Serantes me pongo a pensar qué hacía él allí, y no llego a conclusión alguna; pero si noto que al llegar Juan Leisán con el camión, el muchacho está algo temeroso, y aquello no me gusta, porque él me conoce *¿Por qué estará así?*, me pregunto y lo achaco a la impresión de la captura, no le doy importancia.

Lo que presentía resultó cierto, pues a la legua y pico, frente a La Redonda, venía de Santiago de Cuba hacia Sevilla una patrulla con una tropa similar a la mía, 22 hombres, al mando del comandante Pérez Chaumont, y junto a él, mi capitán.

Cuando nos encontramos, el comandante Chaumont me dice: *¡Alto ahí, Sarria!* Ordeno al chofer que pare y el comandante me advierte: *¡Óyeme! No puedes seguir con estos prisioneros.* Le pregunto el porqué y me responde: *Porque tengo órdenes. No puedes seguir y debes entregármelos.* Le respondo enérgico: *¡Imposible, comandante!*

Y me dice: *¿Cómo imposible, Sarria? ¿Te vas a insubordinar? ¡Yo soy el comandante jefe de operaciones!* Y le vuelvo a responder: *¡Imposible! los capturé yo y el responsable soy yo.* El vuelve a decir: *¡Yo soy el jefe de operaciones y comandante: Sarria, estás insubordinado!* Y le digo: *Bueno, yo soy segundo teniente, pero tengo mis atribuciones como segundo jefe del escuadrón de esta zona militar y del orden público, además de jefe de la Guardia Rural, y la captura no la ha realizado usted, sino yo, y sé por qué los llevo. Hay cosas importantes que no se las puedo decir.*

Pero el comandante insiste: *Con todo y eso, no puedes seguir.* Miro a mis hombres y veo la actitud que tienen, del juramento que me hicieron de responder con la vida a mi actitud, y me digo que aunque ellos sean un poquito más que nosotros, allí nos íbamos a morir todos si trataban de quitármelos a la fuerza. Chaumont vuelve a insistir: *¡No puedes seguir, Sarria!* Le digo que no los entrego y que seguiré con ellos hasta Santiago. El capitán Tandrón se mete en la discusión y me dice: *Sarria, es el comandante.* Le respondo bien alto: *Ya le dije, capitán, yo soy el teniente y soy el responsable de estos hombres.* El comandante, que también se fija en la actitud combativa de mis hombres, me dice: *Bueno, vaya para el Moncada con ellos.*

Miro fijamente al comandante y le digo: *No los llevaré al Moncada sino a otra parte.* Me pregunta adónde y le respondo: *Al vivac, si conviene.* El se ve muy molesto pero yo no me transo y le señalo: *Vaya usted delante a una distancia regular.* Chaumont vuelve a insistir: *Sarria, antes de salir vamos a hablar tú y yo, vamos a separarnos de aquí para hablar nuestro asunto.* Le digo tajante: *comandante, yo no me separo del camión.* Pienso rápido que cuando yo me separe del vehículo me va a conquistar a mis soldados, pues como él es comandante y yo segundo teniente nada más, ellos, como subalternos, le van a obedecer, van a simular una fuga y los matarán a todos; en-

tonces quedaré yo como responsable de la muerte de los muchachos, habiéndole prometido a Fidel que yo los iba a conducir vivos.

Ya en ese momento sabían mis hombres y los del comandante quién era el hombre que estaba entre el chofer y yo. Chaumont me dice: *Ese que está entre el chofer y tú, es Fidel Castro.* Le respondo: *Sí, señor, lo es; pero ni a él ni a los otros se los voy a entregar, comandante, de eso puede estar seguro.* Miro a mis hombres, que estaban con los ojos muy abiertos, impresionados, al saber que el prisionero era Fidel Castro.

Con esa premisa partimos, él delante, a distancia, como le dije. No fui a conferenciar con él, ni me separé de mis hombres porque desconfiaba, tenía la impresión de que algo terrible podía ocurrir. Cuando entramos en Santiago de Cuba, cerca del vivac, el comandante se separó con sus hombres a un lado y continué la marcha.

Cuando voy a entrar al vivac abren las puertas y algunos curiosos de la población empiezan a congregarse allí a gritar: *Ahí llevan a Fidel, llevan a Fidel.* Mandé a mis hombres a que dispararan al aire para dispersar a la gente y nos dejaron entrar, tomando también precauciones no fuera a ser que algunos militares vestidos de civil o de los cuerpos de seguridad le dispararan a boca de jarro y lo asesinaran, por lo que ordeno rápido: *¡Dispersarlos!* Entonces mis hombres dispararon ocho o diez tiros al aire y entramos al recinto jurídico.

5

¡TENIAS QUE MATARLO TU!

En el sumario de esta causa han de constar las cinco leyes revolucionarias que serian proclamadas inmediatamente después de tomar el cuartel Moncada y divulgadas por radio a la nación. Es posible que el coronel Chaviano haya destruido con toda intención esos documentos, pero si él los destruyó, yo los conservo en la memoria.

Ya el coronel Chaviano estaba en la oficina del vivac esperándonos, y al llegar allí tenía una cara terrible, amenazadora, y me pregunta: *¿Sarría, qué es lo que has hecho?* Le respondo tranquilamente: *Pues ya lo ve, capturar lo que se hacia muerto y aqui está.* Me dice: *¿Sabes que no has cumplido con tu deber?* Cuando le pregunto el porqué de esa insinuación suya, Chaviano me sapara a un lado y me manifiesta: *Tú sabes que habia que entregárselo a Chaumont, Sarría, ¡Me has desgraciado! Está el general Batista esperando por teléfono a ver qué hay con todo esto y no se ha cumplido la orden suya sobre este cabecilla. Este hombre no podía haber llegado vivo hasta aquí. Yo no sé cómo me las voy a arreglar ahora.*

Yo lo escuchaba silencioso y cuando terminó de decirme esas palabras le respondí secamente: *Bueno, ahí lo tiene, lo que yo no he hecho, puede hacerlo usted.* Sobresaltado me dice: *Yo no, tenias que haberlo hecho tú.*

Entonces Chaviano mandó a buscar dos taquigráfos del servicio jurídico del regimiento. Al poco rato de llegar éstos, Fidel empezó a declarar solo, del grupo él solo. Dijo



En el Vivac de Santiago de Cuba, Fidel discutió fuertemente con Chaviano y expuso con dignidad muchos de los criterios que luego serían esbozados en la *Historia me Absolverá*.



la manera como recaudaron el dinero en La Habana, y lo que había dado cada uno de sus ahorros; en fin, ofreció unas declaraciones que duraron como dos horas y pico —16 ó 20 cuartillas en papel largo—, y ahí consignó los medios con que contaba para la rebelión y qué harían si triunfaban.

Chaviano al oírle decir eso le manifestó: *Pero, ¡tú eres un loco! ¿Cómo tú crees que con un ejército como el que tenemos nosotros, tus cuatro gatos van a poder hacer algo? ¡No seas bobo, muchacho! Fíjate cómo ha acabado la cosa, casi todos han muerto y los otros, como tú, están capturados; no hay oportunidad para que puedan derrotar a un ejército como el nuestro.*

Chaviano prosiguió sus improperios: *Y en cuanto a lo que tú dices de repartir mañana tierras y esas cosas, eso es de locos, chico, el mundo está completo así, y así tiene que seguir.* No podría precisar ahora bien, pero Fidel le declaró lo que posteriormente aparece con más argumentos en su conocido alegato *La Historia me Absolverá*, él allí en el vivac habló de un programa, y allí, previamente, mencionó sus ideas.

No puedo decir si eso llegó a manos del presidente Batista: sí estoy seguro de que llegó a las de Tabernilla, pero no sé si llegó a Batista. La esencia de lo que luego él dijo en *La Historia me Absolverá* se lo había dicho, íntegramente a Chaviano en el vivac.

Pero, ¿qué sucede? Que desde el coronel Chaviano hasta el presidente Batista y el general Tabernilla, tildaban a este grupo de muchachos como locos sin fundamento que atacaron una fortaleza como la del Moncada sin armas casi.

Él —Fidel— le manifestó a Chaviano que si en el futuro tenía oportunidad repetiría lo del Moncada y triunfaría; Chaviano, a esa expresión de Fidel le soltó una estrepitosa carcajada y manifestó: *Cuando digo que tú estás loco. ¿Qué oportunidad vas a tener? No vas a tener ninguna, la que has tenido ha sido ésta: EL FRACASO.*

Eso es el Moncada; lo que sé del Moncada.

6

FIEL A LOS GOBIERNOS

*Ni el militar verdadero ni el verdadero hombre
es capaz de manchar su vida con la mentira
o el crimen*

Antes de pasar a los hechos ligados a la segunda parte, quisiera aclarar algunas cosas sobre la disciplina y la forma de pensar del ejército en esa época.

La disciplina de mis hombres fue buena, se mantuvieron fieles a mis voces de mando. A Fidel le admiró ver como se obedecía fielmente lo que yo ordenaba y le expliqué que nunca maltrataba a nadie, que mis soldados me obedecían, no porque yo fuera déspota con ellos, sino porque los trataba de modo mesurado.

A Fidel le sorprendió mi conducta, porque precisamente no era usual en un oficial.

Yo acostumbraba ir a todas partes; lo que sucedía tenía que ser a la vista mía y con conocimiento mío. Otro oficial, por ejemplo, se hubiera quedado en la casa de la finca de Sotelo después de tomar café para no mojarse con el rocío de la mañana, y hubiera encomendado al cabo Suárez o al ordenanza que hiciera el registro y que le informara después.

Esto se acostumbraba en aquella época, porque los jefes actuaban así, no iban a los lugares, mandaban a otro y se quedaban, pero el que él mandó, enviaba al otro subalterno y así sucesivamente.

Por ejemplo, si el capitán mandaba al teniente, el teniente mandaba al sargento y éste hacía igual con el cabo;

pero si sucede un hecho como la captura de Fidel, entonces hay que arreglar las cosas con mentiras para decir: ¡Si, yo lo capturé!

Si los soldados hubiesen asesinado a Fidel y al resto de sus compañeros no estando el jefe con ellos, éste no hubiera dicho ante sus superiores que estaba tomando café, sino que estaba con su personal, que les tiraron combatiendo, y que ellos murieron combatiendo; y elogiarían a la tropa, pero sería mentira y engaño todo eso.

Y no quiero darme golpes en el pecho porque fui al lugar y capturé a Fidel; no, es que yo actuaba así, es mi costumbre. Hasta mi familia se molesta conmigo porque no estoy conforme con las cosas que me dicen, así mismo como tengo la vista ahora, no, yo tengo que palpar.

Y me río porque siempre encuentro algo que no me han dicho y lo digo siempre: que yo con la vista perdida veo más que ellos que tienen los dos ojos buenos, porque les mando a buscar y les pregunto: *¿En qué lugar está esto?* Y me dicen: *No sé, no lo encuentro.* Entonces voy tocando y encuentro lo que buscaba. Y eso pasa en esos mandos militares; los jefes no van porque no quieren mojarse tan temprano, y más en una operación a la que no se le daba importancia, puesto que a Fidel se le daba por muerto; así que hay que imaginarse lo que hubiera pasado si no voy al frente de la tropa: hubiera sido la catástrofe.

Sobre la forma de pensar, los comentarios tenían su sentido. Los soldados, los hombres y, en general, los seres humanos, actúan de acuerdo con la situación, posición y época.

La época era la siguiente: el gobierno de Batista había aplastado la rebelión de una manera triunfante, valiente; nadie se atrevería a manifestar que allí lo que se cometió fue un asesinato. Nadie se atrevería a manifestar eso, con la excepción, claro está, de Fidel y los muchachos revolucionarios.

Alabardemente se aplaudía la situación de la época, esa era la voz que se sentía. Las opiniones sordas, inter-

nas, no se expresaban por miedo, porque, por ejemplo, se temía que si alguien se expresaba a favor de los jóvenes revolucionarios sería descubierto por el alto mando o podría ser denunciado por el mando medio o un sargento o un cabo cualquiera, que lo harían pensando que cumplían su deber. Por eso vuelvo a decir que los hombres actúan de acuerdo con la situación, la época y la posición que tienen en ella.

Ahí tiene el caso del médico Tamayo, que murió siendo teniente coronel del ejército; murió en la clínica de los hermanos Mayo, en Estados Unidos, de un tumor canceroso en el cerebro. El fue a esa clínica a operarse y en la operación murió. Cuando era director del Hospital Militar se portó opuesto a que asesinaran a los heridos, a que los maltrataran. Su conducta fue diáfana, fue clara.

Aunque debo decir que fiel al gobierno, porque debemos decirlo así, abrir el corazón y decir esa verdad, que no se debe disfrazar diciendo, que uno no era fiel a aquel gobierno. Nada de eso. Ahí tiene el caso mío; si me preguntan si yo fui fiel diré que sí. Desde Machado. Yo ingresé al ejército el 7 de septiembre de 1925; hasta el día de hoy he sido fiel a todos los gobiernos, pero con honradez, con honestidad.

Si alguien conoce el proceso político de Cuba, aquí lo tiene. He estado en las grandes batallas de Cuba desde Machado para acá, menos en Girón, pues estaba en Bayamo y no pude ir. Y el proceso es ése, no es que cambie, no es que se esté con el gobierno de turno, sino que se es así, fiel, fiel a lo que uno tiene presente. Se pueden contar los que dicen que hacían todo lo contrario y que no aceptan esta verdad.

Tamayo era fiel a ad el gobierno. Ingresó el 4 de septiembre como teniente médico y fue ascendiendo por méritos y por serle fiel al régimen que surgió ese cuatro de septiembre. Cuando yo capturo a Fidel, honestamente pienso que, a pesar de la imposición y de que se cometieran crímenes con ellos, yo había cumplido mi servicio

fiel y honradamente y que había dado fin con la captura realizada y lo hice con el mayor respeto, porque admiré la valentía de aquellos muchachos y porque sabía que lo hicieron por ideales, exclamé aquello que me salió del corazón, de que las ideas no se matan. Yo no lo sería jamás, ni iba a permitir que ante mí se cometiera un crimen.

SEGUNDA PARTE

Del Moncada a la Sierra, de la Sierra a la mañana de enero de 1959

1

BATISTA EN BAYAMO

Todo el mundo ha tenido que pagar bien caro el regreso de Batista, pero principalmente las clases humildes que están pasando hambre y miseria mientras la dictadura que ha arruinado al país con la conmoción, la ineptitud y la zozobra, se dedica a la más repugnante politiquería, inventando fórmulas y más fórmulas de perpetuarse en el poder, aunque tenga que ser sobre un montón de cadáveres y de sangre.

A pesar de ser hombre de confianza del capitán Tandrón, él y yo siempre estábamos de punta. Le pedí al coronel Chaviano que me trasladara de Santiago de Cuba para cualquier otro escuadrón, hasta para Baracoa. Chaviano me pregunta qué era lo que había pasado con Tandrón y le contesto que eso era un problema de carácter, y que cada cual tenía el suyo. Entonces comenta: *Caramba, par de viejos peleando. Mira, yo no tengo dónde mandarte ahora, si quieres ir para Bayamo, allí está el teniente Roselló, que es el jefe, pero dicen que no se le puede aguantar, y ningún otro teniente puede estar con él. ¿Tú lo conoces?* Le respondo: *Sí, lo conozco, estaba aquí cuando se alistó nuevamente en el ejército y estuvo en mi oficina como escribiente.*

Chaviano llamó a Tandrón por teléfono para ver qué pasaba entre él y yo y éste le manifestó que no pasaba nada, que era un problema de carácter, aunque yo era un fiel

cumplidor de los deberes. Luego el coronel me señaló: *Bueno, ya que tú quieres irte, prepárate, que vas para Bayamo.*

Ya en Bayamo me puse a trabajar bajo las órdenes del teniente Roselló. Recién llegado allí, se celebran las fiestas del 10 de Octubre y se iba a inaugurar un monumento que hay detrás del cuartel, abandonado desde hacía tiempo y que era el lugar donde los españoles fusilaron a Pío Rosado y sus mambises del 68. Iba a inaugurarse bajo la tutela de Batista.

Batista venía a Bayamo en son de política, buscando la reelección del 54 para seguir legalmente su mandato. En el cuartel se encontró conmigo; yo estaba parado en la puerta del cuarto de oficiales y él venía huyéndole a varias gentes, que iban detrás gritando: *¡General Batista! ¡General Batista!*, seguro que para quitarle algún dinero o algo de eso. Cuando se mete en el cuartel me ve y me dice: *Oye, ¿tú aquí?*, le digo que sí y me tira los brazos en los hombros, cosa a la que le correspondo, y me pregunta: *¿Cuándo tú viniste para acá?* Le explico que hacía días que estaba en ese escuadrón. Batista me dice: *Yo no sabía que estabas aquí, ¿qué te pasó en Santiago?* Y sin dejarme contestar me dice un poco airado: *Oye, tenemos que hablar.* Yo le digo al general que cuando él quiera. *¿Tienes ahí para bañarme?*, me pregunta, y le digo que sí. El: *Tengo un calor de madre, ¡Mira como vengo! ...¡Ah! Me buscas un ventilador.* Llamo al barbero y le pido el ventilador que está en la barbería. Batista me pregunta: *¿Tienes alguna guayabera que me sirva?* Le digo: *Las mías, general, le quedan muy grandes.* En eso veo al soldado Pastor Navarro Molina y le pregunto: *Pastor, ¿Tú tienes guayabera de hilo, blanca?* Me responde que sí y le manifiesto: *Tráela, ya veremos después cómo te la devolvemos.*

Batista le dice a Pastor: *Coge, yo te doy la mía, toma dame la tuya, que mira como estoy,* y se queda en camiseta. Le digo al general que ese soldado había resultado herido donde mismo él estaba parado cuando el asalto al cuartel de Bayamo, el 26 de Julio de 1953.

Él se sorprende un poco y me pide la toalla y las demás cosas para bañarse, y cuando se las entrego entra el hijo del general Tabernilla que venía de escolta con él, y me dice: *Ya puede salir, teniente. Déme acá la toalla y retírese.* Le contesto: *No, el general quiere hablar conmigo,* y me responde: *No, no, ya lo que tenga que hablar se lo dirá oportunamente.* Ante esa actitud de Tabernilla hijo, le digo a Batista: *Bueno, general, ahí queda con Tabernilla,* y él me dice: *Bueno Sarria, ya hablaremos como te dije.*

Antes de irme yo estaré por aquí unos días, me dice él. *Y ven acá, ¿y esa carreterita adónde va?*, me pregunta asomándose a la puerta. Le respondo: *Como estamos en tiempo de agua, esta carreterita la mandé a construir para que usted pueda ir a pie de aquí al monumento de Pío Rosado, donde usted va a develar la tarja mañana.*

Ante su sorpresa le agrego: *Si, como está el patio lleno de agua hicimos una carreterita con gradas para que usted pueda ir sin mojarse* y luego su respuesta: *Está bien, está bien, teniente.*

Me quité porque ya estaba Tabernilla allí otra vez con su mal carácter.

Déjame decirle que cuando él llega al cuartel y me ve, me pone los brazos en los hombros y yo también se los pongo, entonces había un fotógrafo y nos retrataron. Esa foto se publicó en casi todos los diarios con el siguiente pie de grabado: *Cuando llegó al cuartel de Bayamo se encontró al teniente Sarria, su segundo jefe, y lo abrazó. Usted sabe como son esas cosas de la prensa.*

Sigo pensando todavía hoy que su pregunta estaba relacionada con la captura de Fidel y sobre lo que pasó el año anterior.

Después del incidente con Tabernilla fui para mi oficina hasta que Batista se bañó, vistió y salió con la comitiva. Hizo una declaración a la prensa del país en el sentido de que, a pesar de que todos deseaban la muerte de Fidel, él había dado órdenes expresas al teniente que lo capturó para traerlo vivo, sano y salvo, y que por larga distancia telefónica había dado esa orden.

Estaba tratando de captarse la voluntad electoral del país, porque él no tenía pueblo para las elecciones. Primero, por el 10 de marzo, y segundo porque ganó las elecciones del 40 con el apoyo de nosotros, de las bayonetas, que no dejaban votar sino a los batistianos; ni a la gente de Grau, ni a los auténticos, ni a los ortodoxos, ¿comprende? El ejército ganaba las elecciones, y así salió frente a Grau en 1954. Siempre con esa postura, Batista con las balas y Grau con los votos, pero Batista con las balas y las bayonetas le ganaba siempre las elecciones.

2

UN PARENTESIS

Igual que admiré el valor de los soldados que supieron morir, admiro y reconozco que muchos militares se portaron dignamente y no se mancharon las manos en aquella orgía de sangre. No pocos prisioneros que sobrevivieron le deben la vida a la honorable actitud de militares como el teniente Sarria, el teniente Campa, el capitán Tamayo y otros que custodiaron caballeramente a los detenidos.

Muchos se preguntarán por qué no tomaron represalias conmigo, y voy a expresar mi criterio. Cuando en La Habana se conoce la captura de Fidel, se resignan porque este oficial no tiene historial de asesino. Cuando es el caso de uno que tiene en su expediente un "cumplimiento" criminal, entonces se le dice: ¡Ah! ¿Pero vienes con escrúpulos después que has matado a tantos y tantos? Pues hay que matarlo enseguida, a él y a los otros

Cuando se encuentran con una posición vertical y a la vez perpendicular, líneas que no se inclinan ni a uno ni otro lado, esa postura se respeta, porque no hay traición, aunque lo digan de boca; en el fondo, oficialmente, no se comprueba que Sarria actuó mal, porque no lo oculta, lo único que no hace es matar y nunca lo ha hecho; en su expediente de más de 30 años en el ejército de la República, tiene una línea de conducta limpia. Y eso se respeta.

La captura de Fidel no se repite en el mundo muchas veces, porque la actitud de esa democracia en estos casos es que los llamados cabecillas no viven; hacerlos mártires y no héroes futuros. Esa es la política.

Cuando Batista llegó al Moncada después de los hechos del asalto, yo me situé al frente de mi tropa y al pasar lo saludé, puse mi tropa en atención y no me contestó el saludo. Con él pasaba el teniente coronel Blanco Rico, su ayudante. Blanco Rico, el jefe del SIM, después me dijo: *Sarria, como buenos amigos que somos déjame decirte que el general no te contestó el saludo porque está bravo contigo; y yo: ¡Ah! ¿Si? Y me responde: Si, porque no mataste; óyeme, te hubieras salvado, hubieras ascendido a capitán; pero Sarria, ¿cómo tú te olvidas de eso? Yo soy nuevo en el ejército, tengo 20 años y tú sin embargo tienes 30 años de servicios. ¿Tú no sabes qué hay que hacer? Tenias que ser tú quien lo matara; ya no, ¿quién se mete ahora con la opinión pública? Además, en el caso tuyo, ¿qué has ganado? Que el general no te contestase el saludo porque está bravo contigo, porque no mataste a esa gente.*

Efectivamente, desde la casa de Chaviano, el general mandó a buscar a todos los oficiales para conversar y saludarlos, y citaron a todos los jefes de escuadrones y segundos jefes. A Tandrón y a mí nos mandaron a buscar también, y cuando íbamos llegando le dije a mi capitán: *Tú verás que no me va a recibir* (recordaba lo que me había dicho Blanco Rico esa mañana); *a ti si, pero a mí no. ¿Tú crees?*, me contestó Tandrón. Y así fue; estuvimos hasta las tres de la mañana esperando; recibió a todos los oficiales, pero ni a Tandrón ni a mí. Nunca se dijo el porqué; aunque para mí es obvio.

Nos retiramos a las tres de la mañana sin ser recibidos, y ya ven lo que es la política, para decir mañana que él había dado orden al oficial de traer vivo a Fidel.

Todo el mundo defiende sus intereses; yo no defendí más que el interés de mi honor, de mi familia el día de mañana, de mi limpieza como hombre y no me importaba que me botaran, que me mataran ni nada de eso.

En esencia, lo que quiero que se entienda es que algunos cuidan lo que tienen ganado y te dicen: *No, esto no lo pierdo. Si tengo que matar a veinte, a veinte mato, y si son cien, a cien.*

Y todos lo hacen en defensa de lo que creen ganado eternamente, que no lo van a perder nunca, sin pensar que todo tiene su momento, y que aquello no podría durar mucho. Recuerdo el régimen de Machado. Cuando se estaba cayendo, Sumner Welles, el embajador norteamericano, convocó a los generales, a los oficiales superiores y les dijo que tenía la intervención de Estados Unidos en el bolsillo y que los barcos estaban en la bahía de La Habana, por lo que o le retiraban el apoyo a Machado o perdían sus estrellas. Todos les respondieron que le retiraban el apoyo a Machado. Y como los Estados Unidos les protegían las estrellas, le retiraron el apoyo, y cuando éste se vio sin la protección de su oficialidad tuvo que alzar el vuelo y sucedió lo de agosto de 1933.

Luego de los hechos de septiembre del 34, esos mismos oficiales se metieron en el Hotel Nacional buscando el amparo de Sumner Welles; pero este tomó sus maletas y les dijo que él se iba para los barcos, que los Estados Unidos no podían intervenir en los asuntos internos de Cuba y que solamente podía proteger sus intereses. Cuando los oficiales le argumentaron la promesa anterior él les manifestó tajante que lo había dicho con respecto a Machado; pero que había una nueva situación en que los Estados Unidos no podían intervenir.

Sumner Welles los embarcó; no traía en el bolsillo ninguna intervención; les metió miedo.

Por eso repito que esos hombres de estrellas fastuosas defienden sus intereses, nadie está dispuesto a dejar a su familia, a excepción de algunos. Y no es por darse golpes de pecho, sino la realidad; no todo el mundo está dispuesto a que lo maten por cuenta de éste que se alzó, ni nada de eso, primero lo mata, lo mata y se acabó.

Si cuando en la carretera de Sevilla a Santiago de Cuba, allí en La Rotonda, al llegar el comandante Pérez Chamont, por miedo a la estrella, este teniente entrega a Fidel, hoy nuestro héroe, nuestro líder, hubiera sido un mártir. Esa es la realidad.

3

OTRA VEZ PERSEGUIRLO

Seremos héroes o mártires()*

*(Fidel en Méjico en 1956, días antes de embarcar en el Granma hacia Cuba)

De Bayamo me envían a pasar la Escuela de Oficiales de Managua, pero a mi regreso el puesto de Bayamo lo ocupa el teniente Altunaga y no me reponen en el cargo. Me trasladan a Santiago. A los pocos días voy hacia Palma Soriano. De ahí, al central América y luego al Miranda. De ese lugar, en septiembre del 56, regreso para Bayamo nuevamente bajo las órdenes del capitán Tandrón.

Tandrón fungía de jefe en la plaza de Bayamo y necesitaba oficiales, pues varios de ellos habían muerto en accidentes y así me sacan de Miranda porque él decía: *Aquí el que me "resulta" es Sarria, que no anda con locuras, que no está tomando aguardiente y es un hombre serio.*

Y por esos tiempos fue cuando Fidel esgrimió aquella consigna de libres o mártires y, ¿qué dijo Tabernilla? Subestimó la entereza de Fidel y manifestó pomposamente: *Deja que venga, que lo estamos esperando, le daremos candela al jarro, y le daremos cuerizas como a niños malcriados*

Es 1956 y estoy en Bayamo.

Debo decir con sinceridad que yo estaba muy impactado con aquella actitud tan viril de Fidel en el vivac, pues a pesar de que no había asistido al juicio de la causa 37 porque no me citaron mis superiores, había comenzado a

analizar muchas cosas referentes a aquellos muchachos, sobre todo a la personalidad de él.

El general Tabernilla, como el gobierno, estaba equivocado, y si Fidel había dicho eso en Méjico y no lo creían, lo estaban subestimando.

Aquella seguridad me la patentizaba el diálogo que presencié entre Fidel y Chaviano en el vivac, donde éste le aseguraba al coronel que si repetía, triunfaba. Aquella seguridad estaba latente en mi conciencia en aquellos momentos.

Y lo que son las cosas. No sabía que me iba a tocar a mí ser uno de los primeros en ir a la Sierra Maestra a perseguirlo. El mismo jefe que tenía cuando el Moncada, me envía al frente de 50 hombres para Pino del Agua a perseguirlo y revisé toda la Sierra Maestra, eso fue como el cinco o seis de diciembre. Mi tropa fue la primera que se llevó a la Sierra después de la emboscada de Alegría del Pío; fuimos por el aserrío de Pino del Agua, el embarcadero de Babúm, el Uvero, buscándolo nuevamente. Hasta que hubo una reunión en Palacio.

En esa reunión del Estado Mayor participaron los oficiales superiores, de comandante para arriba, y en ella se enteraron Batista y Tabernilla de que uno de los oficiales que se había enviado a la Sierra para capturar a Fidel era el mismo teniente Sarría que lo había capturado en la zona de Sevilla en el 53.

Secretamente enviaron órdenes expresas de sacar al teniente Sarría de la Sierra Maestra y que más nunca entrara a ella a perseguir a Fidel Castro, que lo limitaran al pueblo de Bayamo, pero que no lo mandaran más a la Sierra, porque se tenía relativa seguridad de que si lo capturaba de nuevo, no lo mataría, y esa fue la orden: *Sáquenlo de la Sierra cuanto antes.*

Y sin saber el porqué en aquellos instantes, me sacaron el día 22 de diciembre. A la Sierra mandaron tropas mayores. Supe de la prohibición de que persiguiera a Fidel pocos meses después, cuando cambiaron de jefe de es-

cuadrón y designaron al comandante Rafael Morales Álvarez. Este un día me dijo: *Sarría, aquí hay que hacer esto, y aquello* y le respondí: *De eso nada, cosas malas en el mando no se hacen, comandante,* y me dice: *Sarría, usted está jugando con fuego; acuérdesese de cuando Fidel; todavía tiene deudas pendientes, no le conviene ponerse en esa posición. Mire, como amigo y compañero de más de veinte años le voy a decir algo. Yo fui a palacio, a una reunión y mandaron a sacarlo de la Sierra a la carrera, que usted no podía estar allí, porque se teme que si lo captura de nuevo no lo matará y después ellos tampoco van a poder matarlo. Y la cosa es que no quiere matar, porque si es otro acostumbrado a hacerlo, cuando captura a Fidel y al resto de los revoltosos, los mata sin dilaciones; pero usted está como está y quiere mantenerse igual. Por eso temen que suba a la Sierra. Pronto tendrá 32 años de servicios. Ha llegado el momento de defender lo que tenemos. Ahora tiene barritas y yo estrella. Aquí hay que hacer lo que haya que hacer, porque antes de morir, hay que matar, Sarría, y usted está aferrado a seguir esa línea de no matar a gente, y así no va a avanzar.*

Mi respuesta a aquellas palabras no tardó: *Mire, comandante, me sacan del mando y ponen a otro, pero yo no mato.* El responde: *Sarría, usted está equivocado, está aferrado a esa cosa, yo le he dicho lo que nó le diría a nadie, pero se lo digo como amigos y compañeros que somos.*

No me mandaron más a la Sierra. Quedé en Bayamo hasta caer preso el 19 de agosto de 1957.

4

¡PRESO!

*Mata, soldado; oprime al pueblo.
muere por el régimen, dale tu sudor y tu sangre...*

La detención fue el 19 de agosto de 1957. Estaba de guardia el 15, en la posta interna del cuartel, y junto a mí el nuevo jefe de escuadrón, el comandante Arcadio Casillas Lumpuy (que posteriormente fue ejecutado en el municipio de Santo Domingo cuando intentaba escapar de la escolta del Ejército Rebelde) y el primer teniente Can, que iba a hacerse cargo del mando mío por ser superior en el grado militar. El ocuparía mi puesto y yo sería su subalterno, pero todavía yo estaba de segundo jefe. Can había llegado el día anterior y aún no se le había entregado al mando.

Esa noche, 15 de agosto, tenía mis postas cubiertas y cuatro yipis patrullando toda la ciudad de Bayamo con ocho hombres cada uno, es decir, que no tenía ningún personal extra. Como a las once y media o doce de la noche llega un jovencito trigueño de mala facha que entra en el cuartel a la carrera y pregunta por el comandante; éste no estaba allí, se había ido junto con el teniente Can. Lo envían al oficial de guardia, que es a la vez segundo jefe del escuadrón, o sea yo, y lo mandan a mi oficina.

Yo estaba despachando una investigación, llegó el chiquillo y me dijo: *Oye, yo quiero ver al comandante.* Lo miré y respondí: *No está aquí.* El preguntó: *¿Y el teniente Can?* Le contesto: *Está en el Liceo o en el parque.* Entonces sin decirme que era confidente ni nada (ni yo se lo iba a pre-

guntar, ni a él le convenía decírmelo) agregó: *Yo necesito que me des unos hombres para capturar a unos bandidos que están tomando aguardiente en un bar*

Lo vuelvo a mirar y le digo tranquilamente *Mira, hijo, por la calle están cuatro yipis con ocho hombres cada uno, sal y mira a ver si los yipis esos te...* Me interrumpe y dice *No, no, yo necesito al comandante, o si no, que me den los hombres que tienen aquí* Le contesté que eso no era posible: salió en busca del comandante

Pero cuando salió del cuartel (de esto me enteré después del triunfo de la Revolución porque me lo dijo el desaparecido capitán rebelde Lara, fallecido en un accidente) los revolucionarios lo capturaron cerca del cuartel. Este confidente era pariente del comandante de la policía Agustín Lavastida y había venido de Santiago de Cuba haciéndose pasar por revolucionario. Llevaba dos meses con ellos cuando fue a delatarlos. Le sorprendieron, lo llevaron frente a la fábrica Nestlé, le hicieron juicio sumarísimo allí mismo y lo ajusticiaron, pero tuvo tanta suerte que quedó vivo. Por eso caí preso. Eso lo supe después.

Yo tenía que hacer una investigación de un cabo que denunciaba a un hermano civil, hermano de padre y madre, como fidelista; eso me lo entregó el comandante Casillas y me dijo: *Sarria, el cabo de allá de la jefatura del Moncada hace estas acusaciones. Su hermano está en combinación con los fidelistas de la Sierra. Tú eres el encargado de realizar esta investigación.*

Cuando cogí la denuncia, ya estaba andando la noticia de que había aparecido malamente herido por la fábrica de leche Nestlé un joven y que lo habían llevado para el hospital de Bayamo, que estaba vivo e iban a ver si lo salvaban; salían para allá el teniente Can y el sargento Sánchez (que después resultó el criminal Sánchez Sánchez, fusilado). Yo salí a iniciar la investigación.

No tenía duda de que eso iba a ser un crimen; parece que el cabo buscaba un ascenso a sargento. Llego yo a la casa sin mencionar que el hermano lo denuncia, hablo con

la madre, con la familia, con los vecinos, y voy sacando la conclusión y compruebo que el muchacho no tenía conexión con los fidelistas ni con la Sierra y que había falacia por parte del denunciante. Vuelvo al cuartel, eran como las nueve de la mañana; ya Can había vuelto y el sargento Sánchez también.

Voy directamente a la máquina de escribir, despacho la investigación rápidamente. La firmo. Me dirijo a la capitanía, se la entrego al comandante Casillas y le pregunto en tono de comentario: *Comandante, a la llegada me he enterado por los soldados de que apareció herido un familiar del comandante Lavastida, y me dice: Si, es su sobrino, y es gente nuestra.* No me dice nada más y me pregunta por la investigación. Le contesto que ya la tenía y pide la respuesta con un gesto a la vez que dice: *¿Qué, resultó positivo?* Le contesto que negativo y me manifiesta: *Pues así mismo la mandaré mañana para el Moncada y le pondré mi firma como jefe del escuadrón, apoyándome en lo tuyo; yo sé que tú eres un buen investigador.*

Salgo hacia el cuarto de oficiales, me encuentro con Can y le pregunto: *Por fin, chico, ¿qué hay con el muchacho herido?* Me dice: *Es sobrino de Lavastida.* Le contesto: *Pero me lo dices con un tono así, un poco incómodo,* y me responde: *Si, es sobrino de Lavastida, pero ya lo mandamos para Santiago de Cuba; y tú, ¿dónde estabas?* Le respondo: *Yo, en unas investigaciones que le acabo de entregar al comandante.* El vuelve a decirme con un poco de ironía: *Bueno, ya esto está resuelto, los bandoleros le cayeron a tiros frente a la Nestlé, pero todavía está vivo, lo hemos mandado para el Moncada.*

Y ahí quedó todo, eso fue el 16, y el 18, domingo, me dice por la noche el comandante: *Sarria, mañana tú tienes que ir al Moncada a llevar unos documentos al coronel Río Chaviano, que te mandó a buscar.* Le pregunté si podía quedarme esa noche por la calle un rato, que ya yo no tenía servicio esa noche y que ya el teniente Can estaba al frente del puesto y tenía todas las claves y demás cosas

reglamentarias, y me dijo que sí, que me quedara.

Esa noche me quedé a dormir en casa de mi ordenanza, que vivía al doblar del cuartel. Al día siguiente, lunes 19 de agosto, paso a la oficina como el comandante me ordenó, sobre las ocho de la mañana me preparo para llevar los documentos que había pedido el coronel, y cuando le digo a Casillas: *Aquí estoy, comandante, a sus órdenes*, me dice: *Sarria, ya tú no vas a llevar los documentos, esperáte aquí sentado que tú vas a ir, pero no vas a llevar los documentos*.

Habla entonces por teléfono, yo no entiendo el diálogo, está comunicando con Jiguani, mandando a buscar al teniente Cold para que me condujera en calidad de arrestado al Moncada. Como a las nueve y pico llega Cold y habla a solas con el comandante. El comandante me llama y me dice: *Sarria, los documentos que tú ibas a llevar, ya no los llevas, sino el teniente Cold, pero vas a ir en calidad de detenido. Te mandan a buscar preso*.

Le pregunto el porqué, y me responde: *No tengo conocimiento de eso, Sarria. Primero, que llevaras los documentos, y ahora que vayas en calidad de detenido, así es que ya los documentos están hechos. Y ahora, Cold, encárgate de Sarria*

Le digo al teniente Cold que está bien, que si puedo llegar a la casa de mi ordenanza para dejar mi pistola hasta que vuelva, y me dice que no, que la lleve puesta; le pregunto también que si mi hijito, que está pasando las vacaciones conmigo, puede irse junto a nosotros a Santiago, y me dice que sí. Vamos a casa de mi ordenanza para recoger mis cosas, le digo a la señora de él que voy arrestado y ella se echa a llorar. Le digo que nada de llorar, que en definitiva no sé por qué voy preso para el Moncada.

Cuando llegamos a Santiago le dije a mi hijo: *Vete para la casa y dile a tu mamá que estoy arrestado aquí en el Moncada*. Él se fue para la casa. Ese día no me enviaron ningún investigador. Me metieron en un calabozo, relativamente incomunicado.

5

TENGO ORDEN DE DESGRACIARTE

Los militares están padeciendo una tiranía peor que los civiles. Se les vigila constantemente y ninguno de ellos tiene la menor seguridad en sus puestos, cualquier sospecha injustificada, cualquier chisme, cualquier intriga, cualquier confidencia es suficiente para que los trasladen, los expulsen o los encarcelen deshonrosamente.

Al día siguiente, al mediodía, estoy a disposición del teniente coronel José María Salas Cañizares, nombrado investigador. Al llegar a su oficina me dice: *Sarria, ¿Tú sabes por qué estás preso?* Le respondo que no y me manifiesta: *Pues bien, a mi me han mandado a que te desgracie y no me queda más remedio. Tengo que desgraciar te*. Me manda a sentar, y le digo: *Bueno, coronel, usted dirá*, y me responde: *Pues lo que tienes arriba no es de este mundo, tienes una montaña difícil de desbaratar y yo soy el encargado de desgraciar te*. No me amilano y le contesto: *¿Y bien, coronel?*

Me dice: *Bueno, ¿te acuerdas de que hace como cuatro días tú estabas de guardia en Bayamo y llegó allí, al cuartel, un jovencito así, así?* Y me lo describe y le señalo: *Sí, lo recuerdo. ¿Y no te pidió algo?*, pregunta, y le respondo: *Sí, pidió unos hombres para capturar a unos malhechores*, y Cañizares me dice: *Por suerte para nosotros los he matado a todos, ya los cogimos, ¿tú sabes quién era? Larita, Sarria, Larita*. Le digo al coronel que de eso no sé

nada. Bueno pues ya lo sabes, ya está muerto. ¿Y tú te enteraste de quién era el jovencito? Le digo que no, que yo no sabía quien era, y responde: *Bueno, pues apareció al día siguiente que te fue a ver, mortalmente herido frente a la fábrica de leche Nestlé.*

¿Tú fuiste a verlo?, indaga Cañizares, y le digo que no, y me pregunta que adónde había ido; le digo que en unas investigaciones y que al caso del muchacho habían ido el teniente Can y el sargento Sánchez. *Pues aquel hombre que te fue a pedir auxilio para capturar a los malhechores, a los cuatros, y el que apareció mortalmente herido es el mismo hombre, me dice y le explico que ahora era cuando venía a saberlo. ¿Y tú supiste que era sobrino del comandante Lavastida?, pregunta y le digo: Le pregunté al comandante, pero yo no sabía que era el mismo hombre que había ido a verme como usted me aclara ahora.*

¿Tú sabes lo que dijo? Que tú lo entregaste, que tú eres fidelista, me manifiesta airadamente y continúa: *¡Si, que tú eres fidelista y tú lo entregaste!* Pregunto cuando lo dijo y Salas Cañizares responde: *Antes de morir, murió aquí.*

Dígame una cosa, coronel, ¿una acusación de esta naturaleza tiene validez en artículo mortis? Dice él: Yo no entiendo lo que tú quieres decir. Le aclaro la pregunta. En los momentos anteriores a la muerte, sin más testigos, sin más pruebas de que lo que haya dicho el muerto, ¿tiene validez? Cañizares sólo atina a una respuesta analfabeta: Yo no sé si tiene validez o no, pero como ya te dije, me han mandado a desgraciarte y yo te desgracío por encima de quien sea.

Teniente —se dirige el coronel a su auxiliar—, *ponga papeles en la máquina. Vamos a formularle cargos a Sarria ahora mismo.* Y entonces Rizo, que era su teniente auxiliar, simuló que iba a buscar papel carbón en otro lugar, pasó por detrás de Cañizares y sin que éste se diera cuenta puso tres dedos en mi hombro, dándome a entender algo. Cuando me pone los tres dedos en el hombro

capté enseguida que era el coronel Rio Chaviano quien me acusaba. *Es éste quien me quiere desgraciar, el que me acusa es Chaviano,* me dije al ver las señales. Rizo se sentó y le dijo al coronel que ya estaba listo.

Entonces Cañizares le dijo: *Pon ahí cargo y certificación por el delito de rebelión.* Al oír aquello me indigné y le dije a Cañizares: *¿Cómo, coronel, rebelión yo, concertado con quien? El me manifestó: Sarria, eso tienes que aclararlo ahora en los tribunales; yo te dije que tenía orden de desgraciarte, y punto, ¿me oíste?*

Allí permaneci hasta el 16 de octubre del mismo año. En aquel calabozo. En ese lugar pasé lo del 5 de septiembre estando yo incomunicado; me enteré de la sublevación por los oficiales que estaban de guardia en el caso de la Marina de Guerra en Cienfuegos.

No me sacan a más nada, sigo incomunicado. Mi señora pudo verme al cabo de los días, porque cuando ella se enteró por nuestro hijo de que yo estaba preso, hizo intentos para verme, pero no la autorizaron ya que estaba incomunicado para todos mis allegados.

Sin encomendarse a nadie ella vino para La Habana y aquí fue directo a la oficina de los dueños del central Sofía, que está situado entre Yara y Manzanillo y pertenece a Bayamo, a su jurisdicción.

Eran ellos el doctor Teobaldo Rosell y su hijo, que tenía el mismo nombre que su progenitor, a sabiendas de que yo tenía relación de amistad con ellos y que tal vez podrían hacer algo. Estuvo en lo cierto, porque ellos eran amigos del gobierno, eran amigos de Batista; y cuando llega al Metropolitano, a la oficina de Rosell, no estaba el hijo, que era el que más contacto tenía conmigo, pero estaba el padre.

Ella llega; figúrese, estaba hasta llorando. Al verla así el viejo Rosell le preguntó por qué estaba así y ella le explicó que su marido, el teniente Sarria, estaba preso en Santiago de Cuba desde hacía días y no se lo dejaban ver.

Rosell le dijo que se sentara y que se calmara, que iba a ver qué se podía hacer, porque el teniente Sarría, en efecto, era buen amigo de él. Inmediatamente llamó a Palacio, habló con el general Tabernilla y durante algún rato estuvieron conversando. Cuando terminó de hablar le dijo a mi señora que podía irse para Santiago de Cuba tranquila, que cuando llegara podría verme enseguida, todos los días o entre días.

Yo, a todas estas, no sabía los trámites que ella estaba corriendo. Antes de marcharse ella le preguntó a Rosell si no me harían nada, y él le dijo que por ahora eso era lo único que podía hacerse, que fuera tranquila para Santiago de Cuba.

6

EL JUICIO FANTASMA

*¡Y cuánta charlataneria para justificar lo injustificable, explicar lo inexplicable y conciliar lo inconciliable!
Hasta que han dado por fin en afirmar como suprema razón que el hecho crea el derecho.*

En aquella celda estuve, como ya dije, hasta el 16 de octubre de 1957. Ese día no le comunicaron nada a mi esposa ni yo tuve la oportunidad de avisarle de que me trasladaban para La Habana. Llovía cuando me sacaron de allí con otro teniente llamado Gustavo Gómez Soria que también estaba preso y que ya en La Habana, se ahorcó en prisión. Nos sacaron por vía Bayamo y al llegar frente al puesto de mando de operaciones, en vez de seguir nuestro rumbo, nos entraron en el recinto para que nos viera el teniente coronel Ugalde Carrillo.

Ugalde Carrillo estaba durmiendo, eran como las dos de la tarde y continuaba la lluvia. El oficial de guardia dijo que el coronel no nos quería ver y que nos condujeran hacia el aeropuerto.

Así llegamos a la capital, a la prisión de La Cabaña. Nos internaron como a las siete de la noche, con agua también, pues parecía que el temporal era en toda la isla. En La Cabaña estuvimos incomunicados en una celda pequeña, sin que viéramos el sol durante algún tiempo.

El jefe de la prisión era Caridad Fernández Pérez, el comandante que fue fusilado en Manzanillo al triunfo de la Revolución por haber matado a Juan Manuel Márquez, a

quien capturó y ultimó fríamente cuando el desembarco del Granma. Por esa muerte y otras más en Manzanillo y en Cienfuegos, porque a él lo mandaron cuando lo del Cinco de Septiembre al frente de un batallón de infantería y allí, en una escuela de esa ciudad, creo que "San Lorenzo," asesinó a muchos revolucionarios.

Este era el jefe de La Cabaña, y había sido jefe de Manzanillo cuando yo era segundo de Bayamo. No sé por qué me protegió en la prisión, pues vinieron unas cuantas veces a sacarme "a unas investigaciones", pretexto evidente de intenciones. Caridad Fernández Pérez no permitió que se me vejara y no dejó que me sacaran de la prisión.

El, a la sazón, me dejaba coger sol una o dos horas a la semana en el patio, caminando y sin que habláramos con nadie. En uno de estos días resultó muerto el teniente coronel Fermín Cowley, en Holguín, y me lo comunicó en el patio.

Entonces me dijo: *Óyeme, Sarria, me van a hacer comandante y me mandan de nuevo para Manzanillo. ¿Tú sabes lo que ha pasado en Holguín?* Le respondí que cómo lo iba a saber entre cuatro paredes, y me contó: *Le arrancaron la cabeza a Cowley con un escopetazo de balines. Murió instantáneamente. Así que cuando yo me vaya no sé a quien van a mandar de jefe de la prisión.* Fue para Manzanillo de nuevo y allí le sorprendió el triunfo revolucionario.

En ese tiempo, a cada rato me llevaban en avión al cuartel Moncada para celebrarme el Consejo de Guerra por lo del jovencito de Bayamo, y siempre se suspendía, hasta que un día se celebró al fin.

Me juzgaron por las causas formuladas por Salas Cañizares. Mi defensor lo fue el doctor Rosas Guyón. Yo me quise defender personalmente pero como la sanción pedida en la causa era superior a tres años y yo no estaba graduado de abogado. Me nombraron a uno, el teniente Alfonso, que no quería defenderme. El me lo dijo, yo le

manifesté que tenía señalado a otro abogado y se alegró de librarse de ese compromiso.

Al juicio no asistió Salas Cañizares porque estaba en cama, por una fractura que sufrió en las estribaciones de la Sierra Maestra al volcarse el yipi en que viajaba. Es bueno señalar que después él acusó al teniente que conducía el vehículo, porque según él, lo había hecho adrede para matarlo. Por eso no pudo asistir al juicio.

Fueron a la corte 32 testigos y sólo me acusaron cuatro: el sargento Sánchez, el teniente Can, el capitán Ochoa, de la policía, y un soldado del escuadrón 11 de apellido Echeverría.

Al teniente coronel Casillas Lumpuy, (ya lo habían ascendido) cuando el fiscal lo interrogó sobre si a él le constaba que yo era de tendencia fidelista, manifestó que eso no le constaba, cosa que me defendía, y a pesar de la insistencia del jurídico en decir que yo era fidelista, Casillas le dijo que aunque se comentara que Sarria era fidelista y que se había negado a matar a Fidel cuando los sucesos del Moncada, a él no le constaba que fuera revolucionario, y su conducta era buena como militar y como hombre.

El capitán Pedro Morejón (célebre criminal que también fue fusilado al triunfo revolucionario) fue otro de los oficiales que negaron tener conocimiento de mi tendencia fidelista o filiación con la Sierra, y que tampoco me acusó en el juicio.

El teniente Ramón Heredia, segundo jefe del SIM en Santiago de Cuba y fusilado en 1959, declaró también en el juicio que a él, después de 20 servicios juntos, no le constaba que Sarria fuese fidelista ni revolucionario.

Me preguntaron, luego de la defensa brillante de Guyón, si quería hablar: dije que sí, y hablé. Declaré que no juzgaba de validez aquellos argumentos sin pruebas, puesto que yo no había entregado el muchacho a nadie y no tuve conocimiento de que lo hubieran capturado; que no le había dado tropas porque tenía que proteger el cuartel de

posibles ataques enemigos, y además, le había señalado que en las calles del pueblo rondaban cuatro yipis con varios soldados cada uno

Cuando el fiscal solicitó la pena y se retiraron, abracé a mi defensor y le dije al oído: *Me ha hecho una formidable defensa, doctor, pero de todas formas me condenan.* El dijo, incrédulo: *Que va, ¿tú crees?* Y le reiteré: *Si, me condenan porque se trata de que hay que condenarme, sin pruebas, pero hay que condenarme porque es otra cosa lo que se pretende, es el castigo por lo del 26 de Julio, por haber capturado vivo a Fidel.*

Entonces le declaré también: *De acuerdo con el juicio y las leyes penales vigentes, usted sabe que deben comunicarme la sanción del juicio en un periodo de 30 días; pero no me la comunicarán, me dejarán preso en La Cabaña hasta que les parezca, pero no importa, voy a presentar recurso.* El doctor me pidió que no hiciera eso, y le dije que sí lo haría y que él iba a sostenerme ese recurso.

7

APROBADO EL RECURSO

Mis razonamientos van encaminados sólo a demostrar lo falso y erróneo de la posición adoptada en la presente situación de todo el Poder Judicial del cual cada tribunal no es más que una simple pieza de la máquina obligada a marchar, hasta cierto punto, por el mismo sendero que traza la máquina, sin que ello justifique, desde luego, a ningún hombre actuar contra sus principios.

El 28 de septiembre de 1958 llegó el teniente taquígrafo llamado Apolonio García Núñez con la sentencia del juicio; ya yo había elaborado el recurso; cuando me llevaron a la oficina le pregunté si me condenaron, y me dijo que sí, que cómo yo lo sabía. Le contesté que ya lo imaginaba.

Apolonio me preguntó qué iba a hacer yo, y le manifesté: *Ya lo tengo hecho: presentar recursos de apelación con derecho a casación; está a lápiz ahora tengo que pasarlo a máquina y por la ley penal tengo cinco días para presentarlo.*

A los pocos días me llevaron al cuartel Moncada para declarar en un juicio precisamente contra el teniente Cold, el que me condujo preso desde Bayamo a Santiago de Cuba, pues yo era segundo jefe del escuadrón cuando él mató a un soldado desertor en una refriega. Me alegré porque eso me facilitaba la oportunidad de ver a la familia.

De regreso a La Cabaña, el dos de octubre, el capitán Sierra, jefe de la prisión en esos momentos, me dijo que

estaba en libertad por el recurso establecido y que había sido aceptado por el tribunal militar.

Le dije a Sierra que cómo me avisaba eso a esa hora, que yo acababa de llegar de Santiago de Cuba, y por qué no me le comunicaron allá. El me contestó que cómo yo no había dicho eso del recurso, y le respondí que esa cuestión era cosa de la prisión. Le pregunté si había copia del recurso y me la entregó.

Me aclaró que debía permanecer en arresto domiciliario. Entonces le pedí que me dejara quedarme hasta el otro día para poder despedirme de los compañeros y recoger algún dinero. Sierra me dijo que no, que no podía quedarme allí, que eso no era legal; pero al fin accedió a que permaneciera en la prisión hasta el otro día, y para poder coger en Columbia el avión que me llevara a Santiago de Cuba.

El tres de octubre, sobre el mediodía, cuando salgo, llamo a una máquina de alquiler a Casa Blanca y me dirijo a la casa de mi hermana. Pasé un día en la casa de mi hermana y fui a la oficina de Rosas Guyón quien se sorprendió de verme allí, y me preguntó qué había hecho, que él me había dicho que no presentara recurso. Le contesté que yo lo que había hecho era ganar tiempo, pues cada recurso tiene dos meses de apelaciones, y otros dos meses para hacerlo nuevamente en caso de que falle contrario el primero, y que yo lo que deseaba era ganar tiempo.

Guyón me preguntó que ganar tiempo para qué, y yo a mi vez le pregunté: *Venga acá, doctor, usted que está en la calle, ¿cree que Rivero Agüero tomará la presidencia el próximo 24 de febrero?*

El me contesta algo pensativo: *Yo creo que no, Sarria, porque la guerra la tiene perdida el gobierno. Se dice que Santiago de Cuba está rodeada por un cinturón de rebeldes entre la Sierra Maestra, El Caney y El Cristo; en la Carretera Central los dueños son los rebeldes; hasta en*

Bayamo y Charco Mono; todos esos lugares son prácticamente de los rebeldes. Está perdida la guerra sin remedio. Sarria.

Ante aquellas palabras decepcionantes del letrado, le contesto: *Pues entonces todo está a mi favor, en ese tiempo yo sigo siendo, aunque arrestado, oficial del ejército; mientras los dos recursos no los fallen en mi contra, no hay problemas, además, hay que pagarme mi sueldo de oficial y con eso puedo mantener a la familia mientras tanto.*

El todavía seguía inconforme con mis puntos de vista y me dijo: *Si, pero no te puedes mover de la casa. Está bien —le digo—, eso no importa, no tengo que buscar nada en la calle y gano tiempo con mi arresto, si existe la opinión de que el gobierno pierde la guerra.*

Me despedí y le dije que salía al otro día para Santiago de Cuba; él me manifestó finalmente que le habían registrado varias veces su casa por la defensa que me había hecho. Entonces le declaré que por eso era mejor que yo estuviera en mi casa con el recurso, porque si seguía en prisión lo complicaba a él también.

ENERO DE 1959

*En cuanto a mi, sé que la cárcel será dura
como no lo ha sido para nadie, preñada de amenazas,
de ruín y cobarde ensañamiento, pero no la temo,
como no temo la furia del tirano
miserable que arrancó la vida a setenta hermanos míos.
CONDENADME, NO IMPORTA, LA HISTORIA
ME ABSOLVERÁ.*

Al día siguiente, mi cuñado me llevó a las cinco de la mañana a Columbia para coger el avión. En la nave aérea me encuentro nada menos que con el mismísimo coronel Salas Cañizares que iba para Holguín. Ya no estaba en Santiago y me dijo muy alegre al verme: *Sarra, te felicito, saliste bien. Ahora yo te recomiendo: debes matar, si no lo hiciste el 26 de Julio, ahora cuando llegues a Bayamo, ya tú sabes...* Y yo, diciéndome por dentro: *Si yo no voy para ningún lado, yo voy arrestado a mi casa, pero tú no lo sabes y yo tampoco te lo voy a decir.*

Y estuvimos conversando hasta Santiago por última vez; al llegar a Santiago yo me bajé y él siguió para Holguín, pues el avión hacía en aquel entonces su primera escala en la capital de Oriente.

Por fin llegué a mi casa, al calor de mis hijos y esposa, y recibí varias citaciones en el transcurso de esos dos o tres meses finales de 1958. La primera me la hizo el coronel Rego, que estaba de jefe interino, porque Cantillo había ido a La Habana, y era para entregarme la canana, las balas y la pistola. Yo no las quise aceptar y me dijo



En los primeros meses del triunfo revolucionario en 1959, el capitán Sarria junto a Fidel, en el Palacio Presidencial.

que era una orden del jefe del Estado Mayor General del Ejército, pero yo no cedía en rechazarlo temiendo que fuera una encerrona para matarme, y Rego me garantizó que no había nada anormal en la entrega del arma, que no sería un pretexto para una provocación, que no tuviera cuidado.

La tomé y cuando llegué a mi casa se la di a mi mujer para que la guardara bien

Yo me cuidaba de las provocaciones que pudieran surgir en aquellos días, pues, a pesar de mis custodios, había recibido informes de que las tropas rebeldes estaban muy cerca. Así llegó el primero de enero de 1959.

Aquella mañana la ciudad era un revuelo; en el regimiento los oficiales, con Rego al frente, estaban vestidos de uniforme y en sus brazos llevaban prendidas las insignias del 26; estaban en formación esperando a las tropas rebeldes. ¿Qué le parece? Entonces yo me presenté a Fidel en el Ayuntamiento.

Se alegró al verme, y le conté todo lo que me había pasado y hasta le manifesté que en aquel momento deberían estar analizando mi recurso para darle su cauce. El se rió con esa sonrisa suya tan peculiar, y me aconsejó que me olvidara del juicio, que ya eso no valía, y exclamó.

Sarria, la Sierra Maestra ha terminado, la verdadera Revolución comienza ahora.

Así me dijo aquel primero de enero, momentos antes de declarar a Santiago de Cuba como capital provisional del país. Yo, emocionado, recordaba que quien así me hablaba había sido mi prisionero y el causante de que uno de mis soldados me gritara, lleno de estupor, aquella madrugada del 26 de Julio: ¡Teniente, hay fuego en el cuartel Moncada!

La historia, casi seis años después de aquella clarinada juvenil, confirmaba las proféticas palabras de Fidel en aquella pequeña sala del Hospital y daba su veredicto.

MORALEJA:

Periodista, antes de terminar, quiero decirle una paradoja para que me haga el favor de publicarla al final del trabajo y es esta:

No son ciegos los que ciegos se encuentren por accidente o enfermedades. Ciegos son aquellos que, estando bien de los ojos, no ven o no quieren ver las cosas y los hechos que tienen delante de la vista, por ejemplo: los problemas planteados por Fidel en La Historia me Absolverá, que están resueltos, se están resolviendo y se resolverán.

ANEXO 1

*Testimonio de Julio César Corbea Monteagudo,
ex cabo del ejército batistiano y ayudante
del teniente Sarria en julio de 1953.*

Yo siempre he vivido aquí en El Cobre y ese día me levanté llamado por otros soldados de Santiago que vivían también por este pueblo y supe la noticia. Enseguida, me presenté en el puesto, en el cuartel de El Cobre y allí me aconsejaron quedarme hasta que se normalizara la cosa.

Fui situado, junto a otros soldados, en el registro de los carros y en las emboscadas que se tendieron por aquellos alrededores. Recuerdo que a ese cuartel llevaron a tres moncadistas, entre ellos a Gabriel Gil. A Gabriel lo conocía del ejército, porque habíamos servido juntos en la Cabaña y él tenía también un hermano militar que yo conocía. Y entonces Gabriel me ve y le dice al jefe de puesto que yo lo conocía, y yo a decir que sí, pero que hacía años no lo veía, que no podía saber de sus actividades y entonces el jefe me pregunta: "Bueno, ¿pero lo conoce o no lo conoce?" Y entonces le dije que sí, que lo conocía.

Después Gabriel anduvo preguntándome, al triunfo, si yo conocía al cabo que le había golpeado, pero de verdad que no sabía, porque la golpiza empezó después y a mí —ese mediodía— me vino a buscar Sarria para que lo acompañara a las funciones nuestras y salí del cuartel de El Cobre.

LA MADRUGADA DEL PRIMERO

Ese día no era Sarría el que debía salir, sino otro que se puso enfermo, que estaba con fiebre y el capitán Tandrón, jefe del escuadrón 11 a donde pertenecíamos le ordenó a mi teniente que reuniera los hombres para salir él.

Eramos 17: Sarría, quince hombres y yo. Las instrucciones recibidas eran las de limpiar la zona izquierda de la carretera hacia la playa Siboney y montamos en un camión hacia el lugar. Yo no sé si pasamos Sevilla, aunque creo que sí. Nos detuvimos en la casa de Sotelo y allí tomamos café. Sarría consultó conmigo el modo en que efectuaríamos la operación de limpieza y decidimos salir cuando alzara un poco más la mañana, porque de noche, si usted está emboscado, puede sorprender fácilmente al que viene y entonces hubiésemos sido nosotros los capturados.

Tomamos café en esa casa porque Sotelo era amigo de Sarría, lo conocía, y después, por el propio fondo de la casa, empezamos a subir hacia las lomas cercanas. No podíamos desplegarlos porque la vegetación no lo permitía. Entonces marchamos de uno en fondo.

O sea, que nosotros entramos por la finca El Cilindro y caímos sobre los terrenos de Mamprivá. Por una cuesta que vamos subiendo veo una casa y dígole: "Teniente, ¿usted va a registrar también las casas?" "Y él me dice: "Sí, hay una que estoy viendo ahí a mi izquierda que vamos también a registrar". Y le pregunta al práctico que venía



"El soldado Leonardo Cala Cala le hizo así a la puerta y la yagua cayó hacia adentro. Yo estaba detrás, con la Thompson".

con nosotros, a quien decían "Camagüey", que qué era la casita. El muchacho le dice que es para cuando llueve y se está trabajando en el monte.

"Corbea, me dice Sarria, adelanta con seis números y regístrala."

Enseguida me adelanto con los hombres mientras Sarria sigue subiendo por la cuesta. Hay mucha yerba alta cubriéndolo todo y la casita es apenas visible. Entonces le digo a Leonard, un negrito que está con nosotros, que se adelante y mire. El muchacho cruza la cerca entre los pelos de alambre de púas y se acerca despacito para mirar entre las yaguas de las paredes. Entonces me hace señal de que hay tres hombres dentro y pasándome los dedos por la mano me indica que no hay ningún negro adentro. Esto es curioso, porque él mismo lo es. Entonces le digo bajito a Leonardo Cala Cala, otro de mis hombres, que se adelante con el fusil hasta la puerta, que yo le voy a cubrir con mi ametralladora Thompson 45 y me planto enfrente mismo de la puerta, un poco alejado y Cala Cala se acerca con el fusil en "preparen" y le da una patada a la puerta de yagua que se fue abajo, se estropeó toda y cayó hacia adentro y al mismo tiempo les gritó:

—¡Salgan, salgan con las manos en la cabeza!

La puertecita era bajita, muy bajita, no tan alta como la han puesto ahora, y el primero que sale es un joven muy alto, desnudo del torso para arriba, con montón de picadas de mosquitos, sucio, y le digo que se ponga las manos en la cabeza; él obedece en silencio y va alzando todo el cuerpo delante de nosotros. Está todavía dormido, o casi dormido; se le ve que está fatigado, muy fatigado, y tiene los ojos semicerrados todavía. Tenían un sueño tan profundo de lo cansados que estaban que no sintieron la llegada de nosotros ni nada; estaban estropeados, estropeados.

El va caminando y le digo que se siente junto a un fogón que hay ahí. De dentro de la casita ya están saliendo dos hombres más, también muertos de cansancio, que se suman al primero.

Entonces mando a registrar la casita y los alrededores mientras hago disparos al aire, para avisarle a Sarría.

Vuelvo donde los prisioneros y les pregunto los nombres: cada cual da el suyo: Francisco González Calderín, Oscar Alcalde, José Suárez Blanco.

Uno de los soldados encuentra ocho fusiles y les pregunto si hay más hombres. El más alto me dice: "Los había pero ya se marcharon".

Estuvimos hablando unos minutos, mientras llegaba Sarría y había un soldado muy nervioso y él, el más alto, le pregunto que qué le pasa, pero así, con mucha naturalidad, como si estuviera sentado en su casa, porque cualquiera se ponía nervioso en las circunstancias de ellos, pero él estaba sereno, totalmente sereno, no le temblaba ni la voz. Y mire usted, cuando usted llegó aquí a entrevistarme, que dio con mi casa, yo me puse nervioso y yo estaba en mi casa y esto es una conversación sin tensiones de ningún tipo. Bueno, pues él, con todo aquello, estaba así, tranquilo. Y yo le digo que bueno, que el soldado está así nervioso porque tiene un hermano muy grave en el hospital porque fue herido en el tiroteo. Y él, que se está jugando la vida en ese momento, me dice: "Yo también tengo hermanos que a estas horas han sido asesinados, los han matado después de cogerlos prisioneros, así que dígame a su soldado que se tranquilice".

En ese momento llega Sarría, eso que cuento pasa rápido, minutos apenas y Sarría, que es un hombre gigantesco y fornido, pasó como un bólido por entre las cercas de alambre sin trabarse, ligero y se llega a nosotros.

Enseguida le doy el parte y le entrego una pistola calibre 38 empavonada y con cachas de nácar que después supe pertenecía a José Suárez.

Sarría interroga a los detenidos mientras yo espero cerca. En ese momento uno de los soldados echa pie a tierra y hace ademán de disparar; yo le levanto al cañón, y se lo impido, y Sarría le grita, porque lo está mirando: "Quietos, compañeros, ¡las ideas no se matan! ¡Estos son prisioneros!"

Enseguida preparamos para salir, pero empiezan a escucharse tiros, un fuerte tiroteo en dirección a la carretera.

Sarría me ordena que avance con los hombres y lo deje a él con cinco números para conducir a los prisioneros. Yo salgo a cumplir la orden y bajo por la misma casa de Sotelo, a caer en la carretera. Allí veo un camión de guardias que tiene la nariz en dirección a Siboney y un yipi con Monseñor Pérez Serantes que está en dirección a Santiago. Hay allí unos cinco hombres.

Me dirijo al oficial que manda el camión. Él me explica, rápido, que pasaba por el lugar y vio movimiento de hombres y tiró al aire para detenerlos y reunirlos, pero que él se dirige hacia Siboney en cumplimiento de una orden.

Inmediatamente le informo: "Yo soy el cabo Corbea, ordenanza del teniente Sarría que viene con tres prisioneros más; si quiere, me deja estos hombres, que Sarría los conducirá al cuartel."

El teniente acepta, reúne todos sus hombres, y continúa su camino. Yo vuelvo otra vez hacia atrás; dejo a los prisioneros custodiados y vuelvo atrás. Ya el teniente está en la casa de Sotelo con los tres detenidos. Se han vestido y todo, porque Francisco tiene una camisa blanca y un pantalón azul y los otros también están vestidos.

Le informo al teniente de los nuevos detenidos y él avanza para reunirse con todos. Cuando estamos ya allí, que viene el camión de Leisán, voy ordenando a los hombres que suban al camión y pongo a Francisco en el delantero; le digo: "Monta ahí".

Entonces Sarría se acerca pone un pie en el estribo y se dirige a nosotros: "Soldados, tengo una misión que cumplir, la de llevar estos hombres sanos y salvos. Si algo sucediera, ¿cómo me responden ustedes?" Y todos a una voz le dijimos: "¡Con la vida!"

Aparece después Pérez Chaumont al frente de una patrulla y empieza a conversar airado con Sarría. Oigo cuando mi teniente le dice: Usted haga lo que considere, pero yo llevo estos detenidos conmigo.

Y resuena como impacto en mi mente las palabras que les relicara Pérez Chaumont: ¡Bueno, ese que está entre el chofer y tú es Fidel Castro, el jefe del alzamiento!
De verdad que todos nos quedamos impresionados.

AL LECTOR:

La editorial estará sumamente agradecida si recibe de usted opiniones acerca del contenido y presentación gráfica de este libro, así como de otros títulos de nuestras colecciones. Dirijase a:

Editorial Pablo de la Torriente,
calle 23 No. 452 esquina a I.
El Vedado,
Ciudad de La Habana.

EDICION

José Martínez Matos

DISEÑO

Jorge Hernández Pría

CUBIERTA

Roberto Figueredo Bello

CORRECCION

Miguel Vadell